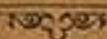


FILIBERTO DE OLIVEIRA CEZAR



LEYENDAS

DE LOS

INDIOS GUARANÍES



ILUSTRADO POR F. FORTUNY



Lectulandia

Á fin de dar una aproximada idea del escenario en que han surgido ó se han perdurado las *Leyendas* que damos en este librito, lo empezamos con una ligera noticia sobre el territorio de Misiones y la raza Guaraní, desde la época del descubrimiento del rio de la Plata; resúmen de lo escrito anteriormente por los mas distinguidos historiadores.

Hemos creído que el conocimiento del lugar de los sucesos contribuirá á ayudarnos, para que las narraciones no sean tomadas como simples cuentos y de ellas resulte alguna enseñanza.

Nos apresuramos sin embargo á hacer constar que si este trabajo merece algún elogio, no es á nosotros á quien corresponde recibirlo, pues lo que se ha hecho ha sido simplemente dar forma á la ficción popular, prefiriendo las tradiciones que hemos creído de origen anterior á la conquista española ó las que más nos han llamado la atención.

Lectulandia

Filiberto de Oliveira César

Leyendas de los indios Guaraníes

ePub r1.0

Titivillus 07.10.17

Título original: *Leyendas de los indios Guaraníes*
Filiberto de Oliveira César, 1892

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ADVERTENCIA

Á fin de dar una aproximada idea del escenario en que han surgido ó se han perdurado las Leyendas que damos en este librito, lo empezamos con una ligera noticia sobre el territorio de Misiones y la raza Guaraní, desde la época del descubrimiento del rio de la Plata; resúmen de lo escrito anteriormente por los mas distinguidos historiadores.

Hemos creído que el conocimiento del lugar de los sucesos contribuirá á ayudarnos, para que las narraciones no sean tomadas como simples cuentos y de ellas resulte alguna enseñanza.

Nos apresuramos sin embargo á hacer constar que si este trabajo merece algún elogio, no es á nosotros á quien corresponde recibirlo, pues lo que se ha hecho ha sido simplemente dar forma á la ficción popular, prefiriendo las tradiciones que hemos creído de origen anterior á la conquista española ó las que más nos han llamado la atención.

EL AUTOR.



LOS GUARANÍES Y LAS MISIONES

LA raza Guaraní, estendida en una gran zona del territorio Sud-americano, estaba dividida en la época de la conquista Española, en tribus ó cacicazgos, que adoptaban el nombre de sus gefes temporarios ó el del suelo que ocupaban para distinguirse entre sí.

Formaban estas tribus una vasta nación, con muchos miles de guerreros, ofreciendo el curioso fenómeno de hablar casi todos la misma lengua genérica.

Sus dominios eran desde el Rio Orinoco hasta el Plata: una extensión de 50 grados mas ó menos, y las grandes agrupaciones ocupaban las tierras mas fértiles y las márgenes de los caudalosos ríos.

Después de la expedicion de Irala al *Parahuay*^[1] se fundaron varios pueblos por los españoles; y los indios que ocupaban el territorio entre el Rio Paraná, el Iguazú y el Ticté, acogieron tan benévolamente á los conquistadores que pronto se estableció allí la Provincia de la Guaira y se fundaron las villas de Ontiberas, Ciudad Real, Jerez, Villa Rica, Guaira y otras.

La poblacion era compuesta casi en su totalidad de indios mansos y apegados á la agricultura; habían formado parte del Imperio Incásico y buscaban en la alianza con los españoles, el medio de defenderse de los frecuentes y formidables ataques que les traían desde tiempo inmemorial sus enemigos los Tupís; ramificación de la gran familia Guaraní.

Fué en ese territorio donde empezaron las primeras misiones los PP. Jesuitas en el año de 1620, encontrando ya en ese tiempo establecidas muchas grandes Reducciones, entre las que figuran principalmente las siguientes:

San Javier, San José, San Ignacio-miní, Anunciacion, Loreto, San Miguel, San Antonio, Santo Tomé, Ángeles, San Pedro, Jesús María, San Pablo, Concepción, Maracayá, Ibirá-Puy, Terecaní, Curumiay, Pacuyú y Candelaria.

Gracias á la protección constante del Gobierno de Madrid, los Jesuitas fueron gradualmente apoderándose de los pueblos y territorios adyacentes y pudieron gobernar completamente á los indios, siguiendo el sistema de la Comunidad implantado casi en la misma forma desde que el territorio fué conquistado por los Incas del Perú.

San Ignacio. Sobre la márgen izquierda del Uruguay, San Juan, San Miguel, San Lorenzo, San Angel, San Luis, San Nicolás y San Borge.

Los pueblos mencionados son los principales de que se ocupa en sus escritos el Padre Lozano Durand, Baniere, Muratori, A. D'Orbigny, Martin de Moussy y otros célebres escritores.

El territorio abarcado comprendía unas 6000 leguas cuadradas, está atravesado por dos rios inmensos y regado por innumerables afluentes, su suelo es fértil, tiene riquísimos bosques de maderas silvestres y un clima suave y saludable. Se producen allí, la mayor parte de los árboles frutales de Europa y casi todas las legumbres y cereales.

Los Jesuítas llegaron á tener sometidos mas de cien mil salvajes, que vivían del cultivo de la tierra, la ganadería y la elaboración de la yerba mate.

El sistema comunal duró en el Paraguay, desde la expulsión de los Jesuítas, hasta el año 1848; y la fama aumentaba los tesoros de estas regiones cerradas al resto de los europeos, pues sus directores habían permanecido inflexibles con respecto á la interdicción del mundo, con sus neófitos.

Este orden de cosas alarmó á los Gobernadores, á los Agentes que venían de Europa y á la Corte de Madrid.

Las milicias disciplinadas de las Misiones resistían bien, á los ataques de los Portugueses y de los Tupís; cuando en 1750, por un tratado celebrado entre las Coronas de España y Portugal se cedió á este último las Misiones Orientales en el Alto Uruguay, á cambio de la Colonia del Sacramento en el Rio de la Plata.

Cuando las Misiones fueron establecidas al Sur del Iguazú, los portugueses dejaron de invadirlas después de sufrir varias derrotas, pues los indios instruidos y aleccionados por los Jesuitas, sabían defenderse y vencer; fabricaban varias clases de pólvora y tenían piezas de artillería, que ellos mismos habían construido ó tomado al enemigo.

La línea de Fronteras se extendía entonces á lo largo de la *Serra de Erval*.



Los Guaraníes se habían hecho guerreros en todas estas luchas y de entre ellos mismos surgieron esforzados capitanes, tales como el Cacique *Langiárú*, Andrés *Tacuari*, *Sepé* y otros.

En 1752, Sepé, al mando de 2,000 indios, atacó la fortaleza de Jesús María, en construcción sobre el Rio Pardo. Estaban en posesión de dos pequeños cañones de fierro y el ataque fue llevado con vigor contra los portugueses, que bloqueados, aislados y sin víveres, tuvieron que abandonar la plaza, que fué destruida por los naturales.

Cuatro años después, un ejército de españoles y portugueses, perfectamente municionados y pertrechados, invadieron las Misiones Orientales, y fueron á atacar á los indios. Estos, al mando del Cacique *Languirú* se habían fortificado sobre la Colina *Caibatég* donde se trabó un reñido combate. Las fuerzas europeas, sobrepujaban en número y armamento á las tropas indias, que defendían su suelo y *Languirú* fué muerto con sus principales gefes y con ellos 1,200 Guaraníes, que rechazaron las proposiciones de rendirse.

Se hicieron solo 127 prisioneros y á los naturales que huyeron á los bosques, se les persiguió inútilmente.

Los indios no se desanimaron por este terrible contraste. La tenacidad suplió á la inferioridad del armamento y á la instrucción militar. Construyéronse piezas de cañón, con maderas duras cavadas, reforzadas por cueros de toro, se perfeccionaron en el manejo del arco y disputaron al ejército aliado, por cuantos medios estaban á sus alcances el paso de los ríos y las encrucijadas de las montañas.

El tratado entre España y Portugal, que originaba aquella guerra á causa de la

entrega del territorio, fué anulada cuatro años después, y por nuevas guerras y pactos, la Colonia del Sacramento quedó en manos de los Españoles, que la conservaron en adelante.

Las Misiones, tanto por su sistema de Gobierno y Administración, como por la posición geográfica, que ocupaban entre posesiones Portuguesas y Españolas, que se disputaron por espacio de siglos el predominio de esas vastas comarcas, debían indispensablemente caer en la decadencia y despoblación.

Los Portugueses no perdieron de vista nunca su plan secular, y cuando tuvieron ocasión de apoderarse de las Misiones Orientales, no la dejaron escapar.

España que había luchado en Europa contra la República Francesa, hizo después la paz y celebró mas tarde un tratado de alianza con la Francia. Portugal había ayudado á España en la primera lucha y dominado por la influencia Inglesa, cuando se hizo la paz, se resistió á seguir la política Española.

La guerra estalló mas tarde entre las dos Coronas y como era natural, no tardaron en hacerse sentir las hostilidades en las posesiones de América. Las Misiones Orientales, eran recorridas nuevamente, por hordas de Portugueses de Rio Grande, que se llevaban las haciendas, destruían las poblaciones, saqueaban los templos y se apoderaban de las mujeres.

Artigas, oficial del General Belgrano, aunque siempre fué derrotado, fomentó la resistencia en las Misiones Orientales; y una nueva figura india apareció entonces en la escena.

Andrés Tacuarí, natural de Santo Tomé é hijo adoptivo del caudillo Oriental, organizó un ejército de naturales, ocupando los cinco pueblos Paranaenses en 1816.

El Gefe indio sitió repentinamente á San Borja, capital del territorio Brasileiro, al frente de 2.000 guerreros.

Andresito era elocuente y proclamaba á sus tropas, asegurando á aquellos valerosos soldados, que estaban animados por un ódio antiguo contra los Portugueses, que los que muriesen en la guerra no perecerían definitivamente, pues como defendían su patria y sus hogares, contra un cruel invasor, les estaba acordada la resurrección, al otro la del Uruguay y en el seno de sus familias.

La primera carga de los Guaraníes, fué tan vigorosa que la caballería enemiga se retiró en un completo desorden, pero esta victoria debía esterilizarse, porque Artigas fué completamente batido y derrotado el 4 de Enero de 1817 por el Marqués de Alegrete en el paso del Cuarein.

El General Chagas, mandado por el Marqués de Alegrete, siguió la persecución al otro lado del Uruguay, quemando pueblos y destruyendo cuanto encontraba á su paso. Saqueó y se llevó mas de 60 arrobas de plata, muchos y ricos ornamentos de los templos. 6.000 caballos, las campanas de las Reducciones, 1.130.000 reis plata, 5 cañones, y en el parte del mismo general, se calculaban en 1.320 los muertos hechos en esa guerra de exterminio.

Los sobrevivientes, prefirieron huir á los bosques, antes de ser transportados como

esclavos.

Cuando los Portugueses se retiraron, los indios volvieron á visitar las ruinas de su patria, Andresito apareció de nuevo, y aprovechó la exasperación para excitar á sus soldados, y formar un nuevo ejército, yendo á establecer su cuartel general, en las ruinas de Apóstoles.

Chagas vino nuevamente á atacarlo con 700 hombres y fué derrotado, porque el General indio se había atrincherado bien en las ruinas.

Los naturales quedaban en posesión del territorio y engreídos con el triunfo, avanzaron hasta San Carlos. Andresito se había hecho fuerte, principalmente en la iglesia y en el colegio, donde también tenían sus familias, cuando fueron nuevamente atacados por Chagas.

Se habían abierto troneras en las paredes para los fuegos de fusilería; y los indios peleaban valientemente, causando á los Portugueses la pérdida de mucha gente en el primer ataque, después, con el favor de un fuerte viento, los europeos dieron fuego al baluarte y derribaron sus puertas á cañonazos.

Los indígenas obligados entonces á una salida desesperada, rompieron la línea enemiga quedando muchos tendidos en el campo. Hicieron 600 prisioneros entre hombres, mujeres y niños, los que se llevaron á S. Borja y se destruyó completamente á S. Carlos.

Andresito pudo escapar con un grupo de Guaraníes, y no se desanimó á pesar de este contraste, pues el año 1819 penetró de nuevo en las Misiones del Brasil, pasó el Uruguay y las *Cachoeiras* del Piratini, enseñoreándose de S. Nicolás, donde encontró alguna artillería y municiones de guerra.

Los Portugueses corrieron á batirlo, pero las fuerzas indias se habían atrincherado en la plaza, ocultándose en las poblaciones sin dar ninguna señal de su presencia; cuando los inexpertos invasores entraron al Reducto, salieron los indios de sus trincheras, haciéndoles un fuego tan nutrido, que los obligaron á retirarse después de muchas bajas, y persiguieronlos á sable, hasta que un escuadrón de caballería vino á protegerlos.

Artigas ocupaba mientras tanto el Entre Ríos, proponiéndose lanzar un ejército sobre Porto Alegre, centro de las posesiones Portuguesas, y poco instruido de las operaciones practicadas por Andresito, á falta de comunicación, ignoraba que éste había vadeado el Rio *Icabaquí* en el paso de *Itacorubí*, cuando fué sorprendido y atacado de nuevo por Chagas y el Coronel Abreu, que al mando de tropas veteranas, había venido rápidamente de Alegrete.

El General indio fué sorprendido en el paso, sus tropas batidas y derrotadas y él mismo cayó prisionero en momentos en que, escapando del desastre, intentaba pasar á nado el Uruguay.

Remitido á Rio Janeiro, murió en la prision, después de algunos meses de cautiverio, envenenado, segun la opinión de muchos, pues se temía con razón su influencia sobre las huestes indias.

Desaparecido de la escena el General Tacuarí, toda defensa había concluido para los naturales en el territorio de las Misiones Orientales.

El ejército Guaraní había sucumbido luchando, y sus restos dispersos se doblegaban sin cobardía ni servilismo, ante la fuerza de los hechos, conociendo la insana injusticia y la perfidia de sus semejantes.

La historia atestigua como era de valerosa aquella raza; á nosotros réstanos decir que los Guaraníes son esencialmente amorosos y tiernos con sus familias y en sus relaciones amistosas. Jamás echan en cara el servicio que practican, ni olvidan el beneficio que reciben; condición de carácter, tan difícil de encontrar entre las gentes civilizadas.

España había reclamado por las invasiones Portuguesas, pero hallábase entonces mezclada en las grandes luchas Europeas y Portugal opuso demora á esas reclamaciones, arribando por fin, los acontecimientos de 1810, que vinieron á dar una nueva faz á la política y los negocios del virreinato del Rio de la Plata.

Los pueblos Guaraníticos de las Misiones, fueron entonces visitados por el General Belgrano que les dió nueva forma de gobierno, como puede comprobarse por la copia del documento original que publicamos á continuación, y aunque esta raza disminuyó considerablemente en las tenaces guerras que sostuvo desde la época de la conquista, una gran parte se ha fundido ó asimilado á la Europea, formando así en la actualidad, varias provincias de la República Argentina. Este país, desde su independencia, debe á los Guaraníes valiosísimo concurso de soldados, que han luchado como bravos en las guerras civiles y en las de su emancipación política.

Copia del Reglamento dictado por el General Belgrano, para el régimen político y administrativo y reforma de los pueblos de Misiones.

A consecuencia de la proclama que expedí para hacer saber á los naturales de los pueblos de Misiones, que venía á restituirlos á sus derechos de libertad, propiedad y seguridad de que por tantas generaciones han estado privados, sirviendo únicamente para las rapiñas de los que han gobernado, como está de manifiesto hasta la evidencia, no hallándose una sola familia que pueda decir, «estos son los bienes que he heredado de mis mayores,» y cumpliendo con las intenciones de la Exema. Junta de las provincias del Rio de la Plata y á virtud de las altas facultades que como á su vocal representante me ha conferido, he venido en determinar los siguientes artículos, con que acreditan que mis palabras no son las del engaño ni alucinamiento con que hasta ahora se ha tenido á los desgraciados naturales bajo el yugo de fierro, tratándolos peor que á las bestias de carga, hasta llevarlos al sepulcro entre los horrores de miseria é infelicidad, yo mismo estoy palpando con ver su desnudez, sus lívidos aspectos, y los ningunos recursos que les han dejado para subsistir.

1. Todos los naturales de Misiones son libres, gozarán de sus propiedades y podrán disponer de ellas como mejor les acomode; como no sea atentando contra sus semejantes.

2. Desde hoy les liberto del tributo; á todos los treinta pueblos y sus respectivas jurisdicciones, les exceptúo de todo impuesto por el espacio de diez años.

3. Concedo un comercio franco y libre de todas sus producciones incluso el tabaco, con el resto de las provincias del Rio de la Plata.

4. Respecto á haberse declarado en todo iguales á los españoles que hemos tenido la gloria de nacer en el suelo de América, les habilito para todos los empleos civiles, políticos, militares y eclesiásticos, debiendo recaer en ellos como en nosotros los empleos del Gobierno, milicia y administración de sus pueblos.

5. Estos se delinearán á los vientos Nordeste, Sudoeste, Noroeste, Sudeste, formando cuadras de á cien varas de largo y ciento de ancho, que se repartirán en tres suertes cada una, con el fondo de cincuenta varas.

6. Deberán construir sus casas en ellos, todos los que tengan poblaciones en la campaña, sean naturales ó españoles, y tanto unos como otros podrán obtener los empleos de la República.

7. A los naturales se les darán gratuitamente las propiedades de las suertes de tierra que se les señalen, que en el pueblo será un tercio de cuadra, y en la campaña según las leguas y calidad de tierras que hubiere en cada pueblo, de suerte, que no haya de pasar de legua y media de frente y dos de fondo.

8. A los españoles se les venderá la suerte que desearan en el pueblo después de acomodados los naturales, é igualmente en la campaña por precios moderados para formar un fondo con que atender á los objetos que adelante se dirá.

9. Ningún pueblo tendrá mas que siete cuadras de largo y otras tantas de ancho, y se les señalará por campo común dos leguas cuadradas que podrán dividirse en suertes de á dos cuadras que se han de arrendar á precios muy moderados, que han de servir para el fondo antedicho, con destino á huertas ú otros sembrados que mas les acomodase, y también para que en lo sucesivo sirvan para propios de cada pueblo.

10. Al Cabildo de cada pueblo se les ha de dar una cuadra que tenga frente á la Plaza Mayor, que de ningún modo podrá enajenar ni vender y solo edificar, para con los alquileres atender los objetos de su instituto.

11. Para la Iglesia se han de señalar dos suertes de tierra en el frente de la cuadra al Cabildo, y como todos ó los mas de ellos tienen sus templos ya formados, podrán estos servir de guía para la delincación de los pueblos aunque no sea tan exacta á los vientos que dejo determinados.

12. Los cementerios se han de colocar fuera de los pueblos señalándose en el égido una cuadra para este objeto, que haya de cercarse y cubrirse con árboles como hoy los tienen en casi todos los pueblos, desterrando la absurda costumbre, prohibida absolutamente, de enterrarse en las iglesias.

13. El fondo que se ha de formar con los artículos 8º y 9º no ha de tener otro objeto que el establecimiento de escuelas de primeras letras, artes y oficios, y se han de administrar sus productos después de afinar los principales, como dispusiere la Excm. Junta ó el Congreso de la Nación por los cabildos de los respectivos pueblos, siendo responsables de mancomún é insolidum los individuos que los compongan, sin que en ello puedan tener otra intervención los gobernantes que la del mejor cumplimiento de esta disposición, dando parte de su cumplimiento para determinar al superior Gobierno.

14. Como el robo había arreglado los pesos y medidas para sacrificar más y más á los infelices naturales, señalando doce onzas á la libra, y así en lo demás, mando que se guarden los mismos pesos y medidas que en la gran capital de Buenos Aires, hasta que el superior Gobierno determine en lo particular lo que tuviere conveniente, encargando á los corregidores y cabildos que celen el cumplimiento de ese artículo, imponiendo la

pérdida de sus bienes y extrañamiento de la jurisdicción á los que contravinieren á él, aplicando aquellos á beneficio del fondo para escuelas.

15. Respecto de que á los curas satisface el erario el sínodo conveniente, y en lo sucesivo pagará por espacio de diez años de otros ramos, que es el espacio que he señalado para que estos pueblos no sufran gabela ni derecho de ninguna especie, no podrán llevar derechos de bautismo ni entierro, y por consiguiente los exceptúo de pagar cuartas á los obispos de las respectivas diócesis.

16. Cesan desde hoy en sus funciones todos los mayordomos de los pueblos, y dejo al cargo de los corregidores y cabildos la administración de lo que haya existente, y el cuidado del cobro de arrendamientos de tierras, hasta que esté verificado el arreglo, debiendo conservar los productos en arca de tres llaves, que han de tener el Corregidor, el Alcalde de 1^{er} voto, y el Síndico Procurador, hasta que se les dé el destino conveniente, que no ha de ser otro que el del fondo ya citado para escuelas.

17. Respecto á que las tierras de los pueblos estén intercaladas, se hará una masa común de ellas, y se repartirán á prorata entre todos los pueblos para que unos y otros puedan darse la mano, y formar una provincia respetable de las del Rio de la Plata.

18. En atención á que nada se haría con repartir tierras á los naturales, si no se les hacían anticipaciones así de instrumentos para la agricultura, como de ganados para el fomento de las crias, ocurriré á la Excma. Junta, para que abra una suscripcion, para el primer objeto, y conceda los diezmos de la cuatroepea de los partidos de Entre Rios, para el 2^o, quedando en aplicar algunos fondos de los insurjentes que permanecieren renitentes en contra de la causa de la patria, á objeto de tanta importancia, y que tal vez son habidos del sudor y sangre de los mismos naturales.

19. Aunque no es mi ánimo desterrar el idioma nativo de estos pueblos; pero como es preciso que sea fácil nuestra comunicacion, para el mejor orden prevengo, que la mayor parte de los cabildos se han de componer de individuos que hablen el castellano, y particularmente el Corregidor, el Alcalde de 1^{er} voto y el Síndico Procurador, y un secretario que haya de extender las actas en lengua castellana.

20. La administración de Justicia queda al cargo del Corregidor y Alcaldes, conforme por ahora á la legislación que nos gobierna, concediendo las apelaciones para ante el superior Gobierno de los treinta pueblos y de este para ante el superior Gobierno de las provincias en todo lo concerniente á Gobierno y á la real Audiencia de lo contencioso.

21. El Corregidor será el presidente del Cabildo, pero con un voto solamente, y entenderá en todo lo político, siempre con dependencia del gobernador de los treinta pueblos.

22. Subsistirán los departamentos que existen con las subdelegaciones que han de recaer precisamente en hijos del país para la mejor expedición de los negocios que se encarguen por el gobernador, los que han de tener sueldo por la Real Hacienda, hasta tanto que el superior Gobierno resuelva lo conveniente.

23. En cada capital del departamento, se ha de reunir un individuo de cada pueblo que lo compone, con todos los poderes para elegir un diputado que haya de asistir al Congreso nacional, bien entendido que ha de tener las cualidades de probidad y buena conducta, ha de saber hablar el castellano, y será mantenido por la Real Hacienda, en atención al miserable estado en que se hallan los pueblos.

24. Para disfrutar la seguridad así interior, como exteriormente, se hace indispensable que se levante un cuerpo de milicia, que se titulará Milicia Patriótica de Misiones, en que indistintamente serán oficiales, así los naturales como los españoles que vinieren á vivir á los pueblos, siempre que su conducta y circunstancias, los hagan acreedores á tan alta distinción; en la inteligencia de que ya estos cargos tan honrosos no se dan hoy al favor, ni se prostituyen como lo hacían los déspotas del antiguo Gobierno.

25. Este cuerpo será una legión completa de infantería y caballería, que irá disponiéndose por el Gobernador de los pueblos, igualmente que el cuerpo de artillería, con los conocimientos que se adquieran de la población, y están obligados á servir á ella según el arma á que les destine desde la edad de 18 años hasta los 45; bien entendido que su objeto es defender la patria, la religión y sus propiedades, y que siempre que se hallen en actual servicio se les ha de abonar á razón de diez pesos al mes al soldado, y en proporción á los cabos, sargentos y oficiales.

26. Su uniforme para la infantería es el de los Patricios de Buenos Aires, sin mas distinción que un escudo blanco en el brazo derecho, con esta cifra: «M. P. de Misiones»; y para la caballería, el mismo con igual escudo y cifras, pero con la distinción de que llevarán casacas cortas y vuelta azul.

27. Hallándome cerciorado de que los excesos horribles que se comenten por los beneficiadores de la yerba, no solo talando los árboles que la traen, sino también con los naturales, de cuyo trabajo se aprovechan sin pagárselos, y además hacen poder con castigos escandalosos, constituyéndose jueces en causa propia, prohíbo que se pueda cortar árbol ninguno de la yerba, so la pena de diez pesos por cada uno que se cortare, á beneficio, la mitad del denunciador y la otra para el fondo de las escuelas.

28. Todos los conchavos con los naturales se han de contratar ante el Corregidor ó Alcalde del pueblo donde se

celebren y se han de pagar en tabla y mano, en dinero efectivo, ó en efectos, si el natural quisiere, con un diez por ciento de utilidad, deducido el principal, y gastos qué tenga desde su compra, en la inteligencia de que no ejecutándose así, serán los beneficiadores de yerba multados por la primera vez en cien pesos, por la segunda en quinientos, y por la tercera embargados sus bienes y desterrados, destinando aquellos vales por la mitad al delator, y fondos de escuelas.

29. No les será permitido imponer ningún castigo á los naturales, como me consta lo han ejecutado con la mayor iniquidad; pues si tuvieren de qué quejarse, ocurrirán á sus jueces para que les administre justicia, so la pena, que si continuaren en tan abominable conducta, y levantaren palo para cualquier natural, serán privados de todos sus bienes, que se han de aplicar en la forma dicha arriba y si usaren del azote, serán penados hasta con el último suplicio.

30. Para que todas estas disposiciones tengan todo su efecto, reservándome por ahora el nombramiento de sujetos que hayan de encargarse de la ejecución de varias de ellas, y lleguen á noticia de todos los pueblos, mando que se saquen copias para dirigir al Gobernador don Tomás de Rocamora, y á todos los Cabildos para que se publiquen en el primer dia festivo, explicándose por los padres curas, antes del Ofertorio, y notariándose por la respectivas jurisdicciones de los predichos pueblos hasta los que viven mas remotos de ellos Remítase igualmente copia á la Excma. Junta provincial gubernativa de las provincias del Rio de la Plata, para su aprobación, y archívense en los Cabildos los orijinales para el gobierno de ellos, y celo de su cumplimiento.

Fecho en el campamento de Tacuarí á treinta de Diciembre de mil ochocientos diez.

MANUEL BELGRANO.

Al teniente Gobernador de Corrientes, don Elias Galván.



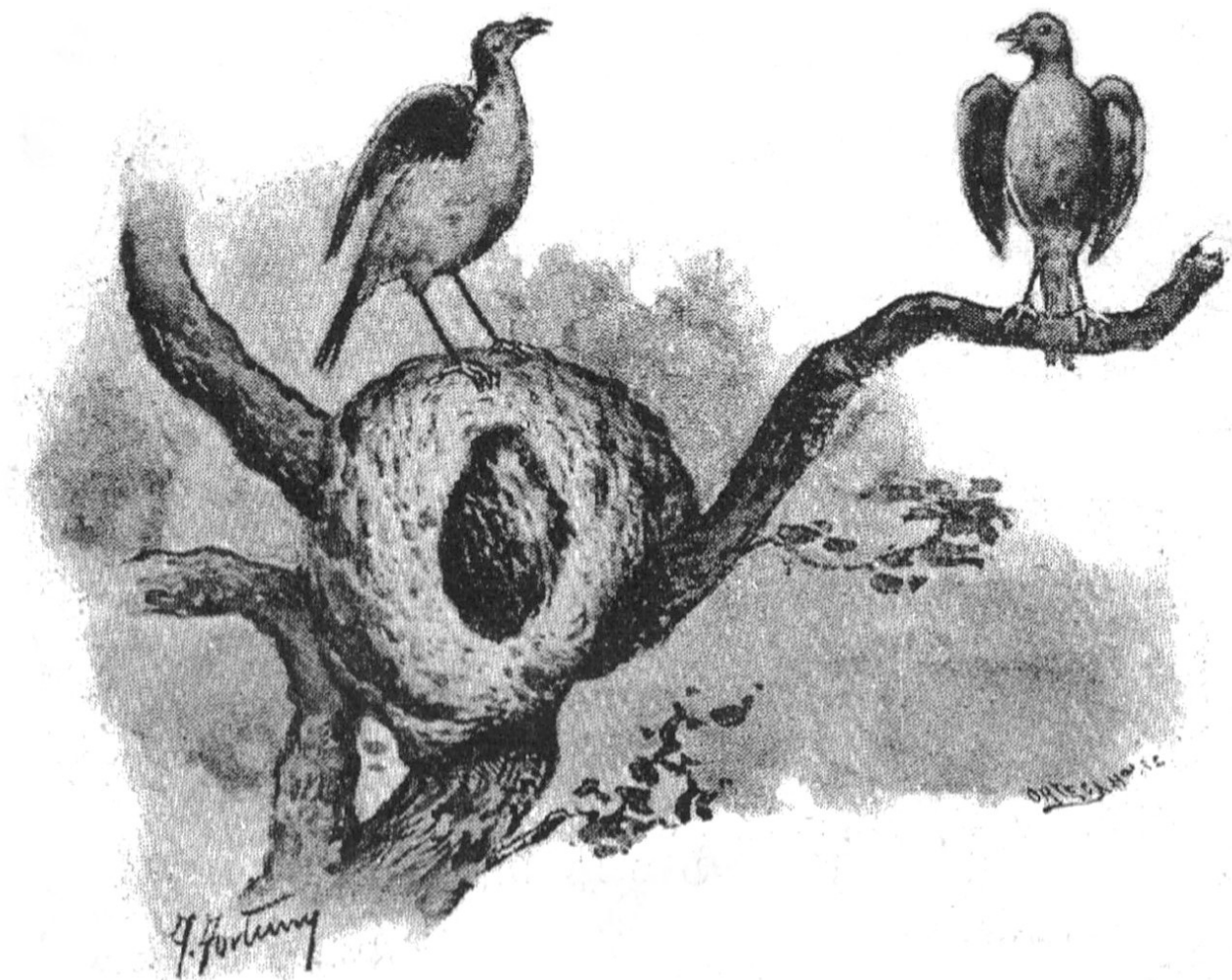
EL HOGARAITEG

(*Hoga*, casa; *Raitég*, nido.—El Hornero, ave)

UN viejo cazador vivía feliz, acompañado de su único hijo y de sus perros, en lo mas apartado del bosque, donde la caza abundaba, porque las batidas de la tribu no necesitaban internarse tanto, para encontrar corzuelas, charatas y conejos en abundancia.

El buen viejo dedicaba su existencia á enseñar al mozo todas las artimañas y maquinas que son indispensables y constituyen la peculiar educación de un buen cazador.

Cuando el joven llegó á la edad viril, nada ignoraba de cuanto tiene que saber un hombre para proveer convenientemente de alimento á su familia.



El anciano, al considerar el peso de los años que lo agobiaban cada vez mas, se sentia satisfecho y orgulloso, viendo que aquel hijo, tan gallardo y fuerte, lo iba á suceder, manteniendo siempre incólume su fama de arrogante cazador y buen guerrero.

Un dia, el moceton dijo á su padre que queria hacer mas extensas las escursiones por el bosque y llegar hasta la morada de otros hombres, á cuya proximidad habia sido atraído mas de una vez, por el dulce canto de una joven que cuidaba un rebaño á orillas de un riachuelo de agua clara, donde estaba situada una chozuela.

Las aves viven en parajes alegres, cantando en sus nidos las dichas de la vida, pensaba el solitario mozo, y la corzuela tímida que escapa espantada del audáz cazador, busca tambien su compañera en la ignorada breña. Acompañados y en parejas andan todos los seres de la tierra que ha creado el gran Espíritu y ¿no podré yo encontrar en las chozas una dulce *Iponá* que comparta conmigo la existencia?

El viejo reflexionó á propósito de la justa aspiración de aquel mancebo que le recordaba involuntariamente un deber que habia olvidado viviendo solitario.

La memoria, campeó por el mundo infinito de los felices dias que pasaron en su remota juventud, pensó el viejo en su amada, á cuyos piés rindiera tantas veces las mas fragantes flores, las mas estimadas piezas de caza y las hermosas aves, cuyas pintadas plumas servian para adornar el cuello juvenil y la negra cabellera de la mas

bella joven de su tiempo.

Después de esas reflexiones, dijo al mozo, no irás solo á las chozas en busca de mujer; guiaré tus pasos, hijo mió, en esa peligrosa batida que acometes, mas temible por cierto, que la del *yaguareté* ó del *puma!* Visitaremos juntos al Cacique nuestro Gefe; le mostraré tus aptitudes para la caza y la pesca, así como tu resistencia y fortaleza en los ayunos inherentes al hombre de las selvas. Después de probar que eres apto como ninguno para esos ejercicios pediré para tu compañera á la joven mas bella que exista en nuestra tribu, que se extiende en estos bosques hasta confines muy remotos.

Yo solo quiero á la *Iponá*, que canta en los cocales, dijo el mozo; la que vive en las chozas de sus padres y guarda su rebaño á orillas del riachuelo de aguas claras, cuyo armonioso acento suena siempre en mi oído, y á quien veo á mi lado en los tenaces sueños de las noches oscuras; de esas noches cargadas de espíritus y sombras que me hablan al oído de dichas sublimes é ignoradas.

Durante una luna se prepararon el viejo cazador y el mozo enamorado para asistir á la gran fiesta anual de las *Presentaciones* que tenía por objeto la reunión á ejecutar proezas, de los jóvenes fuertes de mas valor y arrojo, en presencia del cacique y del consejo patriarcal de los ancianos, fiesta que terminaba con grandes bailes y la elección de compañera, aceptada ó dispuesta por los mayores, siempre que el mozo probado, hubiese resistido heroicamente á la veloz carrera, la prueba de natación, de caza y de pesca, y la última y mas penosa que consistía en un ayuno de nueve dias, que debían soportar los sometidos, retobados entre un cuero, é inmóviles, sin probar mas alimento que el zumo líquido del *yatai*, la coca, ú otras plantas silvestres. Esta bebida la preparan los deudos ó parientes.

El mozo de nuestro cuento, no fué tan lerdo que asistiese al gran torneo sin dar aviso de ello á la dulce *Iponá*, de sus amantes sueños; y á la siguiente luna, cuando la tribu se reunió á orillas del rio Grande, también ella formaba entre las jóvenes doncellas que adornadas con flores y vistosas plumas, bailaban y cantaban en grandes grupos, esperando los beneficios de aquella alegre fiesta primitiva, en que se rendía justo culto á la fuerza, á la destreza, y al amor.

El sitio en que la tribu se dió cita fué elegido en la ceja de un bosque secular; del lado de Oriente, se extendía un llano propio para efectuar la gran carrera, y del lado Occidental, corría majestuoso entre bosques de palmas elevadas y barrancos de arcilla, el ámplio rio, donde debía efectuarse la segunda prueba.

El Cacique, los ancianos y las familias que constituían el núcleo principal de la tribu, trasladaron su aduar, el primer dia de aquella luna, en que sazonan las frutas silvestres, y quien iba cargado de los fragantes plátanos, quien de peces ahumados ó de trozos de carnes de tapiro, de corzuela ó de *pecarí*.

Las mujeres se ocuparon prolijamente de la instalación de sus toldos, colgaron en los añosos troncos sus hamacas, y disponiendo cuanto era referente á la familia, pasaron los tres primeros dias en la instalación mas conveniente.

Por todas las sendas, de muy diversos rumbos llegaban guerreros, cargados con armas y presentes. Del Norte y Sur, por agua, aparecían chalupas de un solo tronco, tripuladas por los pobladores de las costas, que también concurrían á la fiesta.

Cincuenta mocetones dispuestos y aptos para entrar en el torneo se presentaron sucesivamente al cacique y este rodeado de su pueblo y en consejo de ancianos, dijo que aquella fiesta sería mas solemne que otras veces, porque habia resuelto que su hija, la hermosa *Epotég* (Flor del agua) se casaría con el mas esforzado de los jóvenes guerreros, que entraran en la liza, á quien correspondería por orden gerárquico, el mando de la tribu, después de su muerte no lejana.

Se clavó en el centro del valle, á una distancia de mil pasos de soldado, un largo palo terminando en horqueta en la parte alta; y el cacique dispuso se colgase de ella la mas fuerte de sus corazas de guerra, que era formada de gruesos y duros cueros de *tapiro*, ribeteada con pellejos de consuela y vistosas plumas de loro.

Aquella prenda era el premio que obtendría el que llegase primero de los cincuenta mozos: y los ancianos, á quienes correspondía el rol de jueces, fueron colocados en dos grupos, uno en el lugar de la partida y otro en el sitio donde estaba el palo, que servía de percha á la coraza.

Cuando llegó el momento, el pueblo habíase desgranado en el trayecto intermediario.

El grupo se alineó convenientemente bajo la dirección del cacique y á una señal, todos partieron velozmente con dirección al palo.

En medio de la carrera algunos de los que iban delante, daban saltos formidables y estrepitosos gritos, tratando de probar probablemente, que aún eran aptos para mayor proeza, dado el poder de sus vigorosas musculaturas. Pronto vióse sin embargo, destacados del grupo principal á solo dos mancebos.

Uno de ellos era *Jaebé* (*esforzado*) el hijo del viejo cazador.

Los dos listos corredores llegaron á un mismo tiempo al pié del árbol de la prueba é iban á disputarse por la fuerza la prenda codiciada cuando se interpusieron los jueces evitando la riña, y disponiendo que, puesto que de otras muchas hazañas se trataría en los días sucesivos, la coraza sería entregada al que en la natación saliese mas airoso.

Cuando esto parecía ya resuelto, llegó al grupo el cacique, quien informado de lo que ocurría, dispuso que debía correrse de nuevo la carrera, por *Jaebé* y su contrario, doblando la distancia.

Trasladóse la percha y la coraza á una distancia doble y en medio de los gritos, aplausos y algazara que en los grupos del pueblo se formaba, se efectuó nuevamente la gran carrera.

Al tiempo de partir, vióse salir delante, en largo trecho al rival de *Jaebé*, que fué aclamado.

Nuestro joven mas previsor y diestro, no gastaba sus fuerzas en el primer impulso, pues la distancia era larga y la experiencia le habia enseñado que en las dificultades

de la vida como en las distancias largas debe «andarse despacio, para llegar ligero». Así se lo había recordado su padre al oído, al tiempo de emprender de nuevo la formidable marcha.

A los mil pasos mas ó menos *Jaebé* dió alcance á su contrario y un gran trecho anduvieron sin que el vulgo sorprendido pudiese definir á quien tocaba la victoria.

Al concluir la carrera, los fatigados mozos marchaban ya con lentitud y una fracción del pueblo, los pudo acompañar á la distancia, exhortando al vencido á un esfuerzo supremo, y proclamando á *Jaebé* que se había adelantado algunos pasos, heroico vencedor de la primer jornada.

Las jóvenes del pueblo cargaron en lechos de frescas hojas de trébol á los dos valerosos, que fueron conducidos sobre los hombros del pueblo á presencia del cacique.

Allí, delante del viejo cazador que abrazaba tiernamente á su hijo *Jaebé*, pusieron á este la coraza y rindiósele por todos homenaje.

Dos dias duró la fiesta, en festejo del triunfo de *Jaebé* y todo se dispuso para la segunda prueba en que había que atravesar nadando á brazo las corrientes del rio, declarándose triunfante al que primero llegase á un sitio de la ribera opuesta, donde estaban los jueces y donde entregarían al vencedor un premio parcial que consistía esta vez, en una hermosa vincha de largas y rojas plumas *de Parara* y un manto de pieles de cisne, ornado prolijamente con copetes de cardenal y pechos amarillos.

Llegado el momento de la gran natación y en presencia del pueblo, los cincuenta valientes se arrojaron de lo alto del barranco y emprendieron la marcha por agua, después de largas zambullidas ejecutadas con una facilidad, y destreza tan admirable que parecía imposible que alguno obtuviese gran ventaja sobre sus compañeros.

El cacique ordenó que las chalupas acompañasen á una distancia á los nadadores, para que en ellas pudiesen refugiarse los rezagados; y un largo intervalo pasó, sin que nadie supiese el resultado de la natación acometida, después de perderse de vista sobre las aguas las negras cabezas de aquellos hombres, que mas bien parecían lobos huyendo del cazador.

Al medio dia cuando los grupos de canoas regresaban, vióse alzar en la ribera opuesta una bandera blanca y el cacique y los viejos del aduar, festejaron alegres el nuevo triunfo de *Jaebé* vencedor impasible en la segunda liza.

Sucedieronse á esta, en los dias en que el pueblo festejaba las proezas, y los mancebos se preparaban para la formidable prueba del ayuno, una porción de hazañas menores, que si bien no eran las consagradas por el cacique y los viejos, no por eso dejaban de acarrear reputación y fama al que las realizaba.

Por fin llegó el momento de someter á aquellos esforzados mozos á una de las mas duras experiencias que se haya conocido entre los aborígenes de América.

Los deudos y amigos, los jueces, los rivales y el pueblo todo, sirven de minucioso control y vigilancia para que no se burle la temeraria práctica del ayuno; y en el caso de que nos ocupamos, fueron solamente ocho los mancebos que se dispusieron á

pasar nueve días inmóviles y envueltos entre pieles, bebiendo un líquido que á fuer de insustancial y repetido, debía volverse repugnante.

Jaébé, su rival y otros seis valerosos fueron metódicamente colocados en fila á la sombra de añosos lapachos y la prueba empezó cuando la luna súcia mostraba el rabo arrugado y viejo de su ojo izquierdo, *Ñase indég-queá*, entre los nubarrones oscuros de una noche sombría.

A los tres días *Jaebé*, dijo á su padre; padre mio! no creo resistir á esta tortura; probablemente me he encontrado mal dispuesto para ello á causa del esfuerzo hecho en la natación y en las carreras.

Hijo *Jaebé*! repuso el viejo, alcanzándole en un vaso de cuerno el zumo del yatay, forzoso es que resistas á esta última prueba que os llenará de glorias y de honores, probando que eres de lá raza de fuertes á que perteneció tu padre y tus mayores!...

Volvió á tomar una actitud paciente y resignada el pobre *Jaebé*; y otros tres días después, moviendo el cuero con el débil esfuerzo de su estenuado brazo, habló de esta manera:

Padre!... Padre!... sucumbo ante el ayuno; mi cuerpo flaco y reducido pierde yá hasta el calor que lo animaba.

Hijo! dijo el anciano; de los ocho mancebos, solo tus dos rivales siguen en la contienda, esperando vencerte! Poco te falta ya, resiste un día con el zumo de *coca* que te ofrezco.

Volvió el mozo á encojarse y quedó inmóvil.

A la mañana del séptimo día los dos rivales de *Jaebé*, como los otros cinco que se habían sometido á aquel suplicio, abandonaron sus retobos, declarándose vencidos.

Jaebé solo quedaba debajo de la sombra de los añosos lapachos. El cacique y los viejos lo rodearon. Iba también la hermosa *Ebotég* entre un grupo de doncellas á sacar de su puesto al valeroso á quien correspondía su mano.

El cacique y el viejo cazador levantaron el cuero... ¡y cuál no sería la sorpresa que se apoderó de todos, cuando vieron que al contacto del aire y de la luz, *Jaebé* se achicaba, convirtiéndose en pájaro y vistiéndose de plumas encarnadas!

Hijo mio!... dijo el viejo, ¿has vencido en la lid á estos valientes y tu espíritu huye de nosotros?

Valeroso *Jaebé*!... dijo el cacique, ¿desatiendes la mano de *Ebotég* y rechazas mi trono?

—El mozo mientras tanto, concluía de trasformar en un pequeño *Hogaraitég* y al levantar su vuelo á las ramas vecinas del añoso lapacho, dijo batiendo alegremente sus alas:

«Yo soy hijo del bosque y no busco el poder ni la fortuna!

En la ignorada rama quiero albergue.

Las notas de mi canto son un himno al trabajo y adoro á la *Iponá*. dulce y sencilla, que canta en los cicales y guarda su rebaño ti orillas del riachuelo de aguas claras.

Dice la tradición que como la hermosa *Ebotég* no estaba enamorada de *Jaebé*, vio

aquella transformación y oyó aquel canto sin que ningún sentimiento la agitara, pero que la *Iponá* de los cocales que amaba al esforzado mancebo, al verlo transformarse, se convirtió en avejilla semejante, volando á las ramas de aquel árbol para hacerle compañía por siempre.

Por eso es que el *Hornero*, fabrica como el hombre su casa de barro, y vive acompañando al pobre labrador en las casas de campo, recordándole en las armoniosas cascadas de notas que exhala á duo con su amorosa compañera, que la felicidad solo se encuentra en la contemplación de la Naturaleza y en la vida sencilla de los campos!





KALILA

PAYEYÚ, Payeyú!...^[2] dijo la joven de la choza al viejo de tez cobriza y cabello ceniciento que estaba acurrucado á la orilla del fuego moribundo del centro del hogar. El cielo está *ara-i*^[3] y del bosque se levantan inmensas humaredas, semejantes á nieblas de invierno.

Hija mia! repuso el agorero, tendiendo lentamente hacia la entrada su brazo negro y descarnado, para poder retirar la puerta de cuero y mirar al cielo. «Es que esta noche vá á venir el alma de *Kalila* que anda penando y llora en las sombras su amor desgraciado.»

Después de un breve instante, el viejo continuó su relato en esta sencilla forma, única posible, tratándose de indígenas.

«Los barcos de los guerreros blancos surcaron las aguas del rio grande y esos hijos de *Aiñac*^[4] vinieron á nuestras tierras, formando fuertes y murallas para no pelear á campo abierto, se apoderaron de nuestros campos de las frutas silvestres que madura nuestro sol, de los animales de caza y de las aves que poblaban los bosques; se adueñaron cuanto estaba al alcance de sus manos y también quisieron someter á esclavitud á los valientes *Caracarás*.^{[5][6]}

«Imposible!

«Los hijos del aire resolvieron echar al invasor, como lo habían hecho tantas veces con los *Halcones* blancos, los *Guaicurues*^[7] los *Yajaes*, y cuantos pueblos ocupaban las comarcas vecinas. Fueron pues á atacarlos por tierra y agua, favorecidos por la oscuridad de una noche de tormenta.

«Pero los hijos del mal espíritu sabían poner en su favor los rayos, las centellas y

todas las furias del cielo!^[8]

«Murieron muchos de nuestros viejos; y otros llevaron sus familias huyendo de todo mal, al centro de la Iberá.^[9]

«¿Cómo librarse del furor de *Aiñac*?»

No de otro modo, el ave de los vientos, perseguida y despojada del tranquilo nido, busca en los ignorados bosques su guarida;

Payeyú!... dijo la joven india, cuenta cual fué la historia de *Kalila*, cuya sombra se oculta en las tormentas!

Y el anciano, evocando recuerdos, que para él venían mezclados á los fríos espectros de los que sucumbieron, reanudó así su interrumpido cuento:

«*Kalila* fué la joven mas hermosa que puede imaginarse. Vivió en los viejos tiempos en que los pueblos se ponían con orgullo el nombre de las aves sagradas según su valor en la pelea.»

«Las tierras que pisamos y que se extienden, pobladas de bosques y de caza, á los vientos del cielo; eran entonces de los valientes *Cara-carás*, nuestros abuelos, y de esa raza fué *Amairá*, mozo que tenía el secreto de hacerse amar cantando ó tocando la flauta de caña.^[10]

«Muchos dicen que *Amairá* no pertenecía al mundo de los vivos, sino al de los espíritus que se mezclan á nosotros en esta vida, pues siendo hombre cómo no amar á *Kalila*?

«Las muchachas de la tribu se juntaban á bailar en un campo florido, á la orilla de la Iberá. Allí se hacía coronas de flores del campo para los jóvenes cantores, entre los que sobresalía *Amairá*, á quien *Kalila* coronaba.

«La fiesta alegre duraba poco, la noche pronto escondía el bosque y el campo entre sombras. Entonces *Amairá* hacía sonar de un modo extraño su instrumento, imitando el canto del *Cabure*^[11] cuando reúne á todas las aves. Aparecía en ese momento entre nubes de espuma un gran animal blanco semejante al tapiro, pero que tenía patas de tigre y cola de zorro, el que sumiso se hincaba á los piés de *Amairá*.»

«La fiesta había concluido; el moceton montaba en su tapiro blanco, que respiraba llamas de fuego y se perdía ligero.»

«*Amairá* no se ocupaba mas de volver la cabeza á la rueda de jóvenes que lo llamaban y le arrojaban flores.»

«Después que se perdía el ginete en las sombras aún se oían las últimas palabras de su canto.

«*Kalila* pensó un dia que era muy triste vivir sin ser correspondida en un amor tan grande.

«Después de ver á *Amairá*, era imposible amar á otro hombre.

«Se había fijado en que el tapiro seguía siempre un camino para ir á la Ibera y resolvió seguirlo y entregarse á su amante ó quitarse la vida con una flecha que envenenó á propósito y que llevaba oculta entre su manta de pieles de conejo.

«Los caminos del ciervo y de los cazadores permitían internarse, sin dificultad,

hasta un sitio de espinas de *Ñapinday*^[12] tupidas ramazones y espadañas; allí detuvo su marcha, pero á media noche cuando cantan las gallinetas, mientras que la luna se filtraba clarísima por entre las ramas del *Urunday*^[13] *Kalila* oyó una voz lejana y extraña acompañada de trinos agrestes de muchas aves reunidas. Caminó hacia el sitio de donde la música salía; de pronto, vió en el borde del lago una pequeña glorieta cubierta por las olorosas flores del *Manduruyú*. En el centro sobre pieles de tigre, estaba reclinada é indolente una hermosa mujer de la raza de las hijas de *Aiñac*. Sobre sus blancos senos, dando la espalda al sendero, adormecido y amante veíase al indiferente *Amairá*.»

«La *yaguarete*^[14] embravecida al verse sin sus crias, no junta en el corazon tanta ira y deseo de vengarse como asaltó á aquella débil mujer, hija del bosque, enardecida por el desengaño.

«*Kalila* desesperada sacó de entre su seno la flecha envenenada y corrió sobre *Amairá* dándole muerte y dándosela ella, casi al mismo tiempo.

«Los dos cuerpos rodaron juntos al fondo del lago, miéntras que una tormenta se desató de pronto entre centellas, oscuridad y rayos.

«*Kalila* no había sido amada en la tierra, pero su rival desconocida, no gozaría en adelante de un amor que era suyo.»

«Desde entonces las tormentas en noches de luna, vienen acompañadas de truenos y ruidos extraños: también sucede que las aguas del fondo de la *Ibera* suben y se atropellan bramando como fieras.



«Es que lo ocurrido en la glorieta se repite: con la diferencia de que ahora la mujer blanca tiene los cabellos canos, muy canos, y se convierte en lobo dañino, mientras que el alma de *Kálila*, siempre hermosa y acariciada por los cantos de *Amairá*,

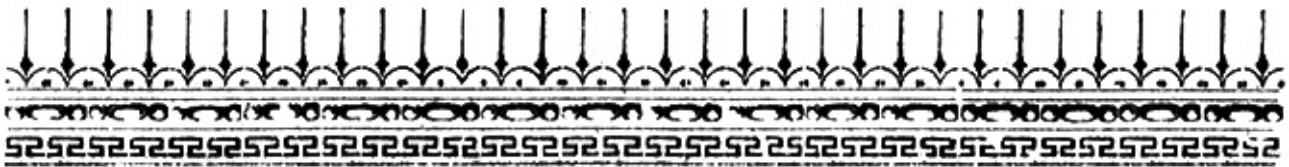
recorre la tierra en las primeras nubes de la tormenta repartiendo las gotas de su llanto á las flores que abren á su llegada.»

Kalila es, para los pueblos Guaraníes, la sublime encarnación del amor puro, que no correspondido en la tierra, desaparece con la vida, pero no se extingue para las inmortales vibraciones del espíritu.

A media noche la llama del hogar se había pagado, como la voz del viejo que dormía, y todo estaba quieto en torno de la pajiza vivienda del indio.

Pudo verse entonces, á favor de la luz de los relámpagos á la doncella enamorada que de pié, arrimada al muro de maderas rústicas, miraba atenta al cielo, buscando tal vez en las profundidades de la tormenta con aquellos dos grandes ojos negros, la imágen de *Kalila*: miéntras que las gotas de la lluvia mojaban y esmaltaban su rostro juvenil y sus mal cubiertos senos.





É- YARA

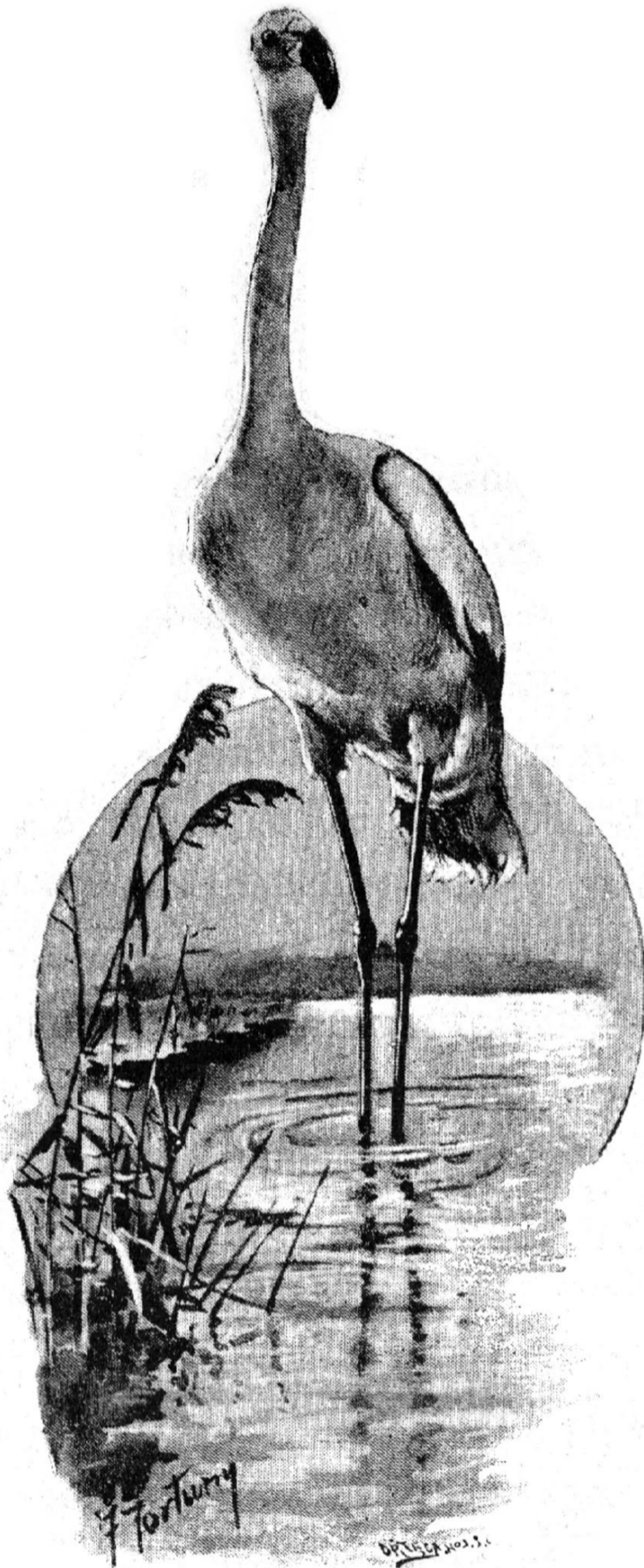
(Padre de las Aguas)



EN las noches de tormenta se oye en las proximidades de la laguna *Iberá*, el ruido sordo y lejano de prolongados lamentos, el quejumbroso acento de voces lastimeras, las súplicas dolientes é informes de espíritus ó séres reales que vagan en las sombras ó viajan cabalgando en los relámpagos, precipitándose ó huyendo caprichosamente entre gigantescos espectros de titanes ó monstruos formidables que con sus roncós y poderosos bramidos hacen temblar el cielo, chocarse las aguas y conmover la tierra en sus sólidas bases.

Los tímidos moradores de esas extensas comarcas aseguran haber visto muchas veces, en medio de las grandes convulsiones, al padre de las aguas; que es un horrible y repelente enano, de largas y blancas barbas, que viste un traje de pieles de carpincho y sacude violentamente una larga, y desgredada melena roja.

El misterioso sujeto ha radicado sus dominios en el interior del lago y como es muy enamorado se ocupa exclusivamente en agrandar y enriquecer su serrallo, haciendo víctimas, valido de medios ingeniosos, en las proximidades de las chozas, en las fuentes ó en los riachos, donde en los dias de calma, las doncellas indias, desprevenidas é incautas, suelen presentarse, á llenar de agua sus cántaros.



É- *Yara* se transforma en estos casos en un precioso flamenco y afectando el gentil paso del ave de plumas encarnadas, avanza suavemente hasta un sitio muy próximo á la inexperta joven, que si no conoce el peligro, infaliblemente vendrá á apoderarse del flamenco, con cuyas delicadas plumas, se forman preciosos adornos.

El brujo, que aun transformado posee el secreto de dar nueva forma á cuanto toca, reduce la doncella áun diminuto tamaño, la carga sobre sus alas pudorosas y levantando el vuelo mientras que la acaricia, va á depositarla en el apartado sitio donde no hay criatura humana capaz de penetrar.

Los indios ó naturales que internándose en los esteros, cortan y juntan la preciada hoja de la espadaña, que ha de servir mas tarde para formar la amable techumbre del rancho de los moradores de la campaña, aseguran haber visto al enano, convertido en penitente, jirar por ciertos parajes de la *Iberá*, seguido de mas de quinientas hermosas y pequeñas mujercitas.

Otras veces, al caer la tarde, el misterioso flamenco, surca las aguas quietas de la laguna moviendo perezoso sus patas de coral y llevando sobre las rizadas plumas de sus alas, rosadas como la ilusión del placer, algunas de sus encantadoras miniaturas, las trasporta de uno á otro sitio, miéntras que ellas en dulce lascitud, abandonadas sobre las potente^ alas entonan canciones de amor, llenas de dulce melancolía, hasta que llega la media noche y el *Chajá* molestando en su sueño de pájaro, lanza estridentes gritos.

Entonces el enano y su corte desaparecen, para ir á ocultarse en la isla misteriosa donde está radicado el serrallo y la extensa laguna queda de nuevo silenciosa, durmiendo en su eterno misterio.





EL PAYÉ DEL CURUNDÚ

(AMULETO INDIO Ó EL ORIGEN DE LOS ASTROS)

DEBEN colocarse entre las causas primordiales de la superstición, la limitación de dotes intelectuales, la falta de cultura, y un criterio viciado en la infancia por el fanatismo religioso que siempre se opondrá á las tendencias de la sana razón, ó á la percepción clara de la verdad.

Las sociedades primitivas son por lo tanto las mas supersticiosas y entre los indios guaraníes, uno de los innumerables amuletos, talvez el do mas valor para obtener cuanto se desea en las escursiones de caza ó en las aventuras amorosas consiste en el *Payé ó Curvndú*, de cera india, forrado en cuero de víbora verde y que debe llevarse oculto á raíz de las carnes, sobre el costado izquierdo, frente al corazón.

El que ha podido en la vida muñirse de un Payé tiene cuanto desea y á su voluntad no se resiste la esposa fiel ni la doncella virtuosa y recatada.

No hay correntino ó paraguayo del pueblo, que tomado de improviso y forzado á abrirse el traje, no tenga á raíz de las carnes él preciado amuleto. La razón es la siguiente:

Existid hace mucho tiempo en una lejana comarca, un *Carai-Guazú* (gran Señor) que poseía innumerables bienes de fortuna y dotes especiales para acrecentarla: era aquel hombre generoso con los pobres, respetuoso con los viejos y discreto con las mujeres, circunstancias todas y esencialmente esta última, que le hacían gozar de buena reputación y justa fama en todas partes. Pero como en la vida rara es la persona ó la cosa completamente perfecta, *Carai-Guazú* no era ya joven y debía poco á la

belleza física, cuando *Ñaceindeg* (la luna) hija de un pobre cazador que tenía su choza en la proximidad, empezó á llenar la tierra con la celebridad de su dulce belleza y atrayente hermosura.

La tribu conocía, bien la discreción de *Carai-Guazú* y los viejos habían dicho muchas veces que este yá no tomaría mujer para lejitimarla como propia; cuando una noche en un baile se presentó *Ñaceindeg*, radiante de hermosura y ante su presencia el solterón recalcitrante se sintió conmovido.

Todos en el baile conocieron que aquel hombre se había prendado locamente de *Ñaceindeg* y ¿á quién podía quedarle duda, si se entregó esa noche á todas las excentricidades de que es capaz un enamorado indio en tan excepcional circunstancia?

Carai-Guazú bailó, tocó melodiosamente el caramillo, improvisó trovas amorosas y se excedió en las bebidas.

Al dia siguiente cuando se volvió á su casa creyendo olvidar pronto las locuras de aquella noche se encontró con que la imágen de *Ñaceindeg* lo seguía por todas partes. Pensó entonces que era imposible separarse de aquella hermosa mujer que no lo abandonaba ni en las horas calladas de la noche, cuando se entregaba al reposo; y resolvió visitar al cazador y pedirle la mano de su hija.

Dos dias después del baile se presentó el enamorado en la choza del pobre cazador y siguiendo la práctica acostumbrada en su tribu, depositó á la puerta la carga de leña que traía sobre los hombros y esperó á una distancia para ver si la joven se apoderaba del sencillo presente, lo que importaba su aceptación como marido. *Ñaceindeg* no salió, y al caer la tarde la leña estaba aun donde el pretendiente la había dejado.

El cazador salió entonces do su albergue y dijo al forastero, saludándolo con respeto: Tú, el bueno, el poderoso, el que no desecha al pobre y el que consuela al triste, entra en mi choza y descansa ¿qué os lo que puede ofrecer el que tiene tan poco?

Carai-Guazú dijo al entrar: *Ñaceindeg* tú hija hermosa es la luz de mis ojos, el tacto de mis manos y el aliento que anima mi existencia!.....

El dueño de casa llamó entonces á su hija y preguntóle si quería ser la esposa de *Carai-Guazú*. Ella, que no había recojido intencionalmente de su puerta la carga do leña, se paró con cierta altivez delante del pretendiente y manifestó su negativa usando para ello de esta frase de sal vago ingenuidad *Ñdo-ro-ahijui!* que equivale, á un rotundo y matador: *no te quiero!*

Solo el que ha querido verdaderamente y no ha sido correspondido, ó el que es capaz de amar á una mujer como salvaje, puede apreciar el efecto de esa tremenda frase.

El infortunado tuvo que retirarse á sus dominios y vivió un tiempo sin hablar con nadie, pero queriendo siempre á *Ñaceindeg*, que lo último que muere en el hombre es la esperanza y él quería lo bastante para no conformarse con un primer rechazo.

El Gran Señor no podía soportar aquella situación y se dispuso á intentar de nuevo

la aventura. Ordenó grandes fiestas en sus tierras é invitó para ellas á cuanta gente había en la comarca.

La función fué ofrecida al cazador y á su hija y de todas partes concurrieron á las proximidades de la choza de *Ñaceindeg* donde habíanse levantado ramadas ó techumbres propias para alojar á muchos concurrentes.

Las dádivas y presentes convirtieron al cazador y á su hija en poderosos y la fiesta fué larga y alegre porque nada faltaba y había sido previsto cuanto era indispensable, por los servidores y súbditos del Gran Señor.

Cuando empezó el gran baile y en un momento oportuno, *Carai-Guazú* cayendo á su asunto, dijo á *Ñaceindeg* que la amaba siempre, que jamás se conformaría con vivir sin ella y unas cuantas frases mas, tendentes todas á convencerla de su cariño grande.

La muchacha se mostró de nuevo indiferente y no tardó en repetir la conocida frase *Ñdo-ro-ahijuí*.

El buen hombre se dio entonces á la desesperación, salió de la fiesta y abandonó sus tierras, proponiéndose ir hasta comarcas muy lejanas donde no hubiese aun llegado la fama de la belleza de *Ñaceindeg* y donde nadie ni nada le recordase á su adorado tormento.

Caminó el desgraciado muchos dias sin llegar á las chozas del camino, y por fin una tarde encontró á orillas de un valle, un pastor que cuidaba su rebaño y resolvió demorar en su compañía y pasar aquella noche. Poco habían conversado, sentados á la puerta de la cabaña, cuando vieron que sobre el horizonte brumoso y la inmensa sábana del bosque lejano, una suave claridad venía alumbrando.

El infortunado caminante dio entonces un profundo suspiro, viendo que aparecía esplendente el astro de la noche, cuyo nombre le recordaba sus desdichas; y doblando la cabeza quedó por largo intervalo sumido en profunda tristeza. Despues, interrumpió el silencio diciendo: ¡Ya llega la inseparable compañera de mis tormentos, apenas comparable en hermosura á la hija de un cazador de mi amistad, cuya admirable belleza preocupa á todos los mortales!

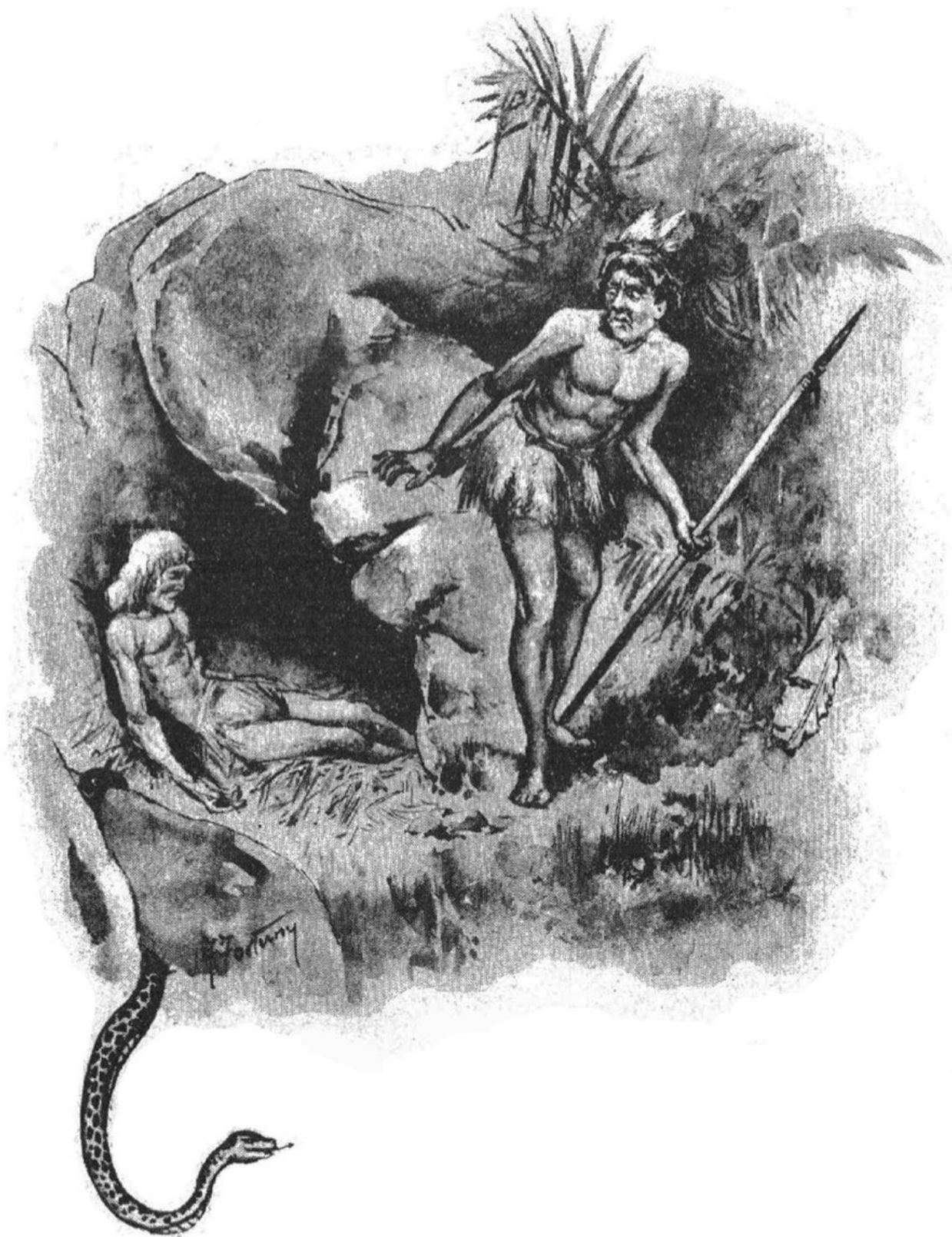
El pastor dijo que hasta él había llegado la fama de *Ñaceindeg* y como tratase de explicar cuando y en que circunstancias le rabian hablado de esa joven encantadora, *Carai-Guazú* aprovechó la oportunidad para referir cuanto le había ocurrido, en tan interminables discursos, que aquella noche, él, ni el pastor durmieron.

Al siguiente día el enamorado siguió su camino proponiéndose andar mucho para que no volviera á sucederle lo de aquella noche que queriendo olvidar á la ingrata muchacha no había hecho mas que recordarla.

¡Así subyuga y tiraniza el Dios muchacho!

Muchas lunas pasaron y el pobre peregrino no se resolvía á buscar criatura humana con quien conversar. Su deseo de alejarse lo llevó á regiones completamente desconocidas, vadeó rios inmensos y atravesó montañas escarpadísimas, llegando por fin átierras donde los hombres hablaban otras lenguas y donde hubiese tenido que

pasar por muy extrañas aventuras si no hubiese sido tan práctico para encontrarse sustento y tan pertinaz en permanecer en las mayores soledades.



Un día que *Carai-Guazú* se ocultaba detrás de una roca, esperando dar caza á un pécarí que andaba próximo, oyó cerca de él algo como un lamento humano y tuvo deseo de saber que era lo que lo producía. Caminó unos pasos y descubrió una gruta

entre las rocas, dentro de la cual yacía un viejo moribundo, de larga cabellera y escuálido semblante.

Como nuestro hombre era bueno, se arrimó al moribundo que estaba tendido sobre un lecho de paja, y después de cambiarse algunas frases en que no se entendieron, el viejo habló en la misma lengua que nuestro peregrino diciendo lo siguiente:

«Poca es la vida que me resta. Debo morir porque me falta fuerzas para proveerme de sustento; si te dueles de mí, oh! extranjero, te pido que cuando mi cuerpo esté ya frío, lo ocultes bajo de la tierra para que no sirva de pasto á los zorros de la inmediación ó á las aves rapaces.»

Nuestro peregrino dijo que así lo haría y ofreció al viejo algún alimento del que llevaba consigo prometiéndole quedar en su compañía y proveerle de una parte de sus cacerías, así como de miel silvestre, ú otros alimentos que pudiese conseguir.

Carai-Guazú se demoró algunos días en la gruta del anciano á quien había aliviado en su indigencia.

Una tarde, en que el viejo tomaba sol, sentado en una piedra habló confidencialmente de lo que había poseído en su vida, de los honores que había alcanzado previniendo á su pueblo de las malas fortunas del futuro, que adivinaba en los signos misteriosos del cielo y de la tierra y en las revelaciones de los espíritus del bien y del mal, que se agitan en torno maestro.

En esas conversaciones pasaban las horas y como *Carai-Guazú* veía que el viejo no pensaba hablarle de *Ñaceindeg*, resolvió hacerlo él mismo, contando en una larga confianza sus cuitas amorosas, y cuanto le había pasado con la hija del cazador, de quien no había podido hacerse amar.

El adivino dijo al enamorado que ya que se había mostrado tan generoso con él, iba á retribuirle sus bondades haciéndole un gran regalo con el cual y por obra de encantamiento y brujería conseguiría que la muchacha lo amase apasionadamente.

Sacó el viejo de entre las grietas de la roca, una pequeña bolsita verde y la colocó á *Carai-Guazú* sobre las carnes del lado del corazón, diciéndole, «este es el *Payé* del *Curundú*.»

Ñaceindeg desde este momento te ama con el mayor cariño de que es capaz una mujer.

Dijo también el viejo que aquel afecto duraría siempre mientras que no perdiese, ó le fuese sustraído su amuleto, pues en tal caso, como ora ciego el espíritu que lo acompañaba favorecería á quien lo poseyera.

El viejo en la hora de su muerte, que se produjo unos cuantos días después, inició á *Carai-Guazú* en algunos otros secretos referentes al *Payé*, los que hemos de conocer al fin de esta leyenda.

El anciano procedió con cordura haciéndolo así, pues conocedor de la gratitud humana temió tal vez que, poseedor del amuleto *Carai-Guazú*, no esperaría á su muerte para ir después de enterrarlo en busca de *Ñaceindeg*.

Cuando nuestro hombre cumpliendo su compromiso de dar sepultura al viejo, se

dirigió á sus tierras, y supo por indios que venían ya en su busca que la hija del cazador mandaba emisarios á todas partes y se preparaba para recibirle amorosamente.

No tardó *Carai-Guazú* en admirar la sabiduría del viejo que le había dado el secreto de hacerse amar con tanta intensidad, y trasladó á sus dominios á *Ñaceindeg*, viviendo desde aquel día en la mas completa felicidad á que pueden aspirar dos séres que se quieren y están juntos.

Mucho tiempo pasó deslizándose la vida de tan agradable modo, y buen cuidado tuvo *Carai-Guazú* de que su compañera no le descubriese el Payé que llevaba debajo de su coleteo.

Pero la mujer ha sido dotada por el gran espíritu de mucha perspicacia, disimulo y curiosidad, así es que *Ñaceindeg* dió en pensar cual sería la causa que había influido para que cambiasen tan radicalmente sus afectos.

Muchos días anduvo la mujer dando vuelta en su cabeza ese problema. Recordó también que nunca había permitido su esposo que le viese el pecho descubierto y de conjetura en conjetura dedujo que aquel amor debía ser producido por obra de encantamiento.

Resolvió entonces, revisar el pecho de *Carai-Guazú* cuando durmiera. Hecho esto, fabricó un objeto semejante al que el pobre hombre ocultaba cuidadosamente y se lo cambió en la hora del sueño; apercibiéndose la hermosa mujer, que desde aquel instante sentía por su marido la misma antigua repulsión.

La hija del cazador guardó entonces el amuleto entre el mazo oscuro de su larga cabellera y proyectó secretamente evadirse de la compañía de un hombre á quien no amaba y que la había engañado tan cruelmente.

Una mañana dijo á su marido que iba á ausentarse por dos días para visitar á unas amigas que vivían en unas chozas distanciadas á media jornada.

Carai-Guazú no tuvo inconveniente.

Coincidió con el paseo de la hermosa *Luna*, la presencia en el pago de un célebre cantor, tan diestro en el manejo de las armas como sutil y avezado para insinuarse afectuosamente con las mujeres, por medio de coplas amorosas, chascarrillos, y cuentos divertidos. Llamábase el tal mozo, *Cuaraèg* (sol) y ante la luz de sus ojos que todo lo animaba en torno suyo, *Ñaceindeg* quedó fascinada y absorta.

Poco fue el tiempo que precisaron aquellos dos amantes para reconocerse y como ella llevaba entre sus trenzas oscuras, oculto el *Payé*; *Cuaraey* se vio obligado á seguirla, enamorado de su dulce semblante.

Dícese con muchas probabilidades de verdad, que cuando *Carai-Guazú* vió que su mujer no volvía, salió al campo á buscarla, y anoticiado de lo que había ocurrido se propuso matarla lo mismo que á *Cuaraèg* su perseguidor infatigable, cosa que jamás pudo conseguir porque los dos enamorados, huyendo de su persecución fueron á guarecerse; ella, en el astro apacible de las noches templadas y él en el ardiente lumínar del día que sazona las mieses y presta su calor á cuanto tiene vida sobre la

inmensa tierra.

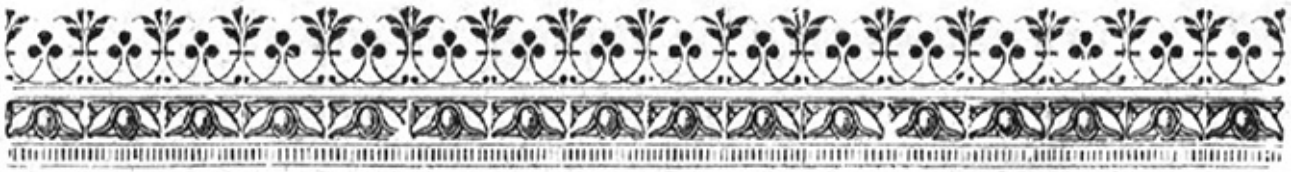
Gran Señor murió consumido por la mas grande desesperación en la imposibilidad de dar alcance á su amada ó á su rival, que todos los dias pasaban por delante de él favorecidos por el gran espíritu que los mantiene en la altura.

Dicen los indios que como *Carai-Guazú* se había apercibido de la sustracción y cambio do su Payé después de la fuga de su mujer, se explicó su desgracia y no le perdió la fé que merece tan precioso objeto, enseñando á ol anciano que lo había criado, los requisitos indispensables para obtener el legítimo y eficaz *Payé del Curundú*.

El que lo necesite debe observar estrictamente las siguientes prescripciones: Pasará mucho tiempo sin ver criatura humana, internado en los bosques de la laguna *Iberá*, y dos dias en el mas completo ayuno, haciendo coincidir esta abstinencia con la salida de la luna en la mitad de la noche; á esa hora precisamente, alumbrado por la suave luz del astro, buscará oculto entre las ramazones tupidas del *Ñapinday* al solitario *Curundú* (coleóptero original de esos parages) que se ocupa en fabricar racimos de cera india. Hay que juntar con proligidad esa cera y retobarla en cuero de *Mboiloro*, vívora verde que ha de ser soltera, después emprenderá la aventura seguro del buen éxito.

De todas estas circunstancias se deduce que tenor buen *Payé*, no es para cualquier *tabég*, (tonto) y que por eso mismo se hace muy difícil torcer la voluntad de las doncellas guaraníes cuando dicen rotundamente; ¡*Ñdo-ro-ahijuí!*





EL RIO AGUA CALIENTE

(Tradicion Chiquitana)

EN la proximidad, debajo de esas enormes rocas, mana un riachuelo cuyas aguas calientes le dan nombre, y en rápidos giros corre luego hasta ocultarse en las blancas arenas de la selva impenetrable.

Dice la tradición, que la virgen *Pinú* (linda) la graciosa india de trenzas de ébano, de dulces y negros ojos, adornó una mañana sus desnudos brazos y su precioso cuello con nacar y cuentecillas de oro; tomó su cántaro de rosada arcilla, y con los nacientes rayos de la primera luz, se fué sola a la fuente en busca de agua cristalina.

Su leve piesecillo movió las arenas, y sorprendidas las aguas despertaron á un génio invisible que dormía sobre la tranquila superficie del lago.

Al ver tanta belleza en *Pinú*, enamoróse el génio, y la encantó con las suaves armonías de su mágica flauta, ocultándola entre las frescas y verdes grutas de enredaderas, y haciéndola invisible como el perfume de las flores.

Su tribu la buscó inútilmente y después la lloró, vistiéndose de amarillo los *Tajibos*.

Airado el pueblo incendió las selvas en que vagaba oculto el génio y pasó tres veces la estación de las rosas y de todas las flores.

Agruparon después en grandes pilas los formidables troncos del bosque é hicieron enormes hogueras para calentar en las brasas las grandes rocas de la montaña, las que candentes arrojaron á la pérfida fuente para eterno castigo.

Desde entonces el agua nace hirviendo en los manantiales y corre por el riachuelo dándose vuelta, semejando

furiosas serpientes.

La fuente ya no duerme tranquila acariciada por los gratos perfumes del aura, y el pobre leñador indio, que pasa por las cercanías llorando la infortunada suerte de la inocente *Pinú*, escucha desde léjos el eterno quejido que como castigo, le ha sido impuesto por el espíritu de la suprema justicia.





ROÈ-CHOVÈG

(El frio azul)

EL bosque, el lago, la montaña, el valle, todo está envuelto en misteriosa bruma, cuando amanece el día en los célebres campos del Payubre, que es por donde los ginetes penetran abarcando mayor zona de tierra en las comarcas desconocidas del interior de la *Iberá*.

Detengamos nuestras cabalgaduras á orilla de un bosque virgen, después de haber pasado esteros y rodeado matorrales. Hay que asegurar convenientemente los caballos á la entrada de estrechas sendas y continuar la marcha á pié.

Después de un cuarto de hora de camino por tortuosos senderos que se cruzan unos á otros en diversas direcciones, por debajo de la inmensa bóveda verde, que forman las hojas y los gajos de los árboles, se llega á un parage en que las lianas gigantescas, partiendo enroscadas desde los troncos secos de inmensos árboles caídos, van á unirse con las ramazones de la techumbre.

Dejemos el sendero para atravesar las lianas, caminando unos tras otros, por sobre aquellos troncos secos.

Nuevas sendas aparecen aún mas ocultas entre la vegetacion. Sigamos un momento mas, cambiando siempre el rumbo por un sendero que se elije entre muchos iguales y llegaremos por fin á un recinto, donde solo ha sido dable penetrar con hábil guía ó *vaqueano*, como llaman en el pago y en toda la República á los conocedores de sendas ó caminos ignorados.



Nos encontramos de pronto, delante de cuatro hombres rústicos, de elevada estatura, larga melena, pobladas barbas y enorme sombrero, que se mantiene sujeto, echado hacia atrás, sobre la parte alta de la cabeza, por medio de un barbijo, que calza en la nariz y cuya borla juega de uno á otro lado ante los labios.

Los cuatro individuos visten traje nacional, chaquetillas de paño negro, *chiripá* del mismo color; sujeto en la cintura por un tirador de cuero, charolado, cargado de botones de monedas de plata y que oprime hácia atrás un interminable cuchillo, cuyas proporciones son mas bien de espada.

Los *payubrerros*, son indudablemente excelentes jinetes y hombres de campo, á mas de valientes peleadores.

Son centauros desmontados que conservan en sus piernas encorvadas hácia fuera, la curva que forma el cuerpo del noble bruto, en que se lanzan veloces por la extensa llanura, que es campo de sus operaciones.

Facundo Cuevas, el mas arrogante de todos, es el que sirve de gefe á aquella banda, de la que forma parte integrante, nuestro amigo el vaqueano.

La neblina se ha hecho aún mas densa que en las primeras horas, y aquel dia, había que emplearlo en la guarida, bajo la techumbre de hermosas enredaderas y á la orilla del fuego, donde se prepara el *churrasco* y hierve el agua, con que se ceba el *cimarrón*, que va pasando alternativamente por las manos de todos.

Aquella instalación es transitoria. El gaucho estando en posesión de su apero y de su cuchillo, tiene cuanto puede necesitar; los caballos de preferencia pastan en un sitio inmediato, y apoderarse de ellos, ensillarlos y abandonar el campo en caso de un ataque, fuera cosa de un segundo.

En la ocasión presente nadie se había movido de su puesto, porque el vaqueano, dió al entrar en las sendas un silbido de señal, que fué contestado por Cuevas.

Mientras que uno de los paisanos ceba mate, otro soba un par de botas de potro con delantar, que ha sacado á un bagual de las matreras, boleado el dia anterior.

El tercer *payubrero*, que es el mas viejo, sostiene la conversación, llena de anécdotas y casos que lo han ocurrido; y Cuevas, con su largo facón entre las manos, empareja unas *huascas* con que piensa fabricar un par de riendas.

Nuestra presencia allí, no promueve resistencia ni anuncia peligro á aquellos hombres, forzados por su mala suerte en la última contienda revolucionaria, á vivir alzados ó á monte.

Después de los saludos de práctica, uno se sienta en los aperos, tendidos en el suelo y que han servido de cama la noche anterior, otro en una cabeza de vaca ó de caballo, que separada de su tronco, rueda desde hace años, por aquella inmediación y los restantes, se sientan sobre el lomo de un grueso palo, cuyo extremo sirve de combustible al fuego próximo.

La conversación en guaraní, que ha sido establecida cordialmente, continúa sostenida por *Vizcacha*, el viejo conversador; y cuando se agota el tema de mas interés para ellos, que es saber si los buscan ó tratan de perseguir, el estado de sus familias, ó la posibilidad de una nueva revuelta, entra á hablarse del tiempo; Cuevas pide entonces á *Vizcacha* que nos cuente el origen del *Roè-Chovèg*, que aquel dia nos tiene á todos reducidos á no ver sino á corta distancia.

Vizcacha, rogado para seguir su inclinación de conversador, no se hace esperar, y acomodándose en su asiento, mientras saborea un mate, que debe corresponder á la segunda centena de los que ha tomado en aquel dia, habla de esta manera:

«*Roè-Chovèg*, es el aliento del parejero del diablo que es blanco como espuma y ha salido con las primeras luces de las profundidades boscosas de la laguna *Iberá*.

«La niebla (el frio azul) no nos dejará ver el campo mientras no pase de regreso el *Aiñac-cabayú*, que anda rodeado de una espesa nube, bufando horriblemente y arrojando por las narices llamaradas de fuego.

«¡Da gusto ver al ginete colorado, aunque inspire gran miedo!

Su caballo, es alto, y de larga crin, la cola completamente negra y los ojos como astros de irresistible y atrayente luz.

El relincho ensordece. Se percibe hasta diez leguas á la redonda, y tiene el don de atraer hacia donde él se encuentra, todas esas inmensas manadas de potros y baguales alzados, que se encuentran pastando en los bosques y en los campos.

«El *Aiñac-cabayú*, campea por cuenta y orden de su Señor el Cacique, de la gran tribu de los *Carâ-Carâs*, que existe en el interior del lago; y el paisano que monta á

caballo en un día como hoy, puede ser envuelto en los grandes remolinos que forman las manadas, y conducido, contrariando su voluntad, á parages encantados, de donde no se vuelve mas.

—El frío azul siguió esfumando el cielo y el bosque de nuestro alrededor durante todo aquel día.

Nuestros caballos fueron desensillados y asegurados convenientemente para pasar la noche.

Cuevas, *Vizcacha*, *Guatana* y el vaqueano se entretuvieron alternativamente en contarnos historias de la leyenda popular, á las que dan crédito y fé en absoluto.

Cuando empezaba á oscurecer se oyeron dos formidables truenos casi al mismo tiempo; nosotros estábamos ya acostados en los recados y cubiertos con ponchos é impermeables de goma, cuando se desató la tormenta.

Vizcacha que no hablaba desde hacía un momento, sacó de entre los cueros que lo cubrían, su original cabeza de bandido, adornada por cerdas blancas y grises, de esas que les sale á los viejos en la cara, en la vida salvaje del desierto; y dirigiéndose á nosotros, dijo con aire de profunda convicción, «ve! ve! ahí va pasando el *Aiñacabuyú*, de regreso á su pago; quién sabe cuantas manadas nos arrea! Mañana lo sabremos, porque ya no nos tendrá ciegos el *Roè-Chovèg!*»

No tardó en oirse grandes tropeles de caballos que corrían relinchando por las abras del monte, asustados por los relámpagos y castigados por el aguacero.

El agua que caía torrencialmente para fertilizar los campos y los bosques, cumpliendo leyes físicas, apagó el último fuego de nuestra pequeña hoguera, obligando á todos á un silencio absoluto y á reducir aún mas el limitado recinto, ocupado por las camas de ocasion.

Todo lo que ocurría era completamente natural, pero daba lugar á una fantasía de la superstición popular.





TEPEIG-PORÁ

(BAILE DE LOS LINDOS SUEÑOS)

UAS tribus de indios que pueblan hasta hoy las extensas tierras y bosques seculares del Gran Chaco Boreal, conservan aún, muchas de las originales costumbres que tenían antes de la conquista española.

Cuando los *Ibirapitàs* empiezan á cubrir sus extensas ramas de olorosas florecillas rojas y los algarrobos silvestres ofrecen al hombre de la Naturaleza su apetecible fruto, en afiladas y amarillentas vainas, establécese el aduar indio, á la sombra de los inmensos árboles y se dá comienzo á la colecta de semillas y frutos, que han de servir principalmente para la sencilla fabricación del licor que anima el *Ierokég* (baile) y que proporciona deliciosos sueños.

La fermentación de las bebidas está en punto.

En el momento de la luna nueva, se elijo un sitio apropiado para el gran baile, y los indios é indias jóvenes, concurren desnudos y adornados vistosamente con plumas, coloretos y penadlos, á presencia de los viejos que presiden la gran bataola.

La zambra trascendental dura tres dias, y recién en el segundo del *Ierokég-puraci* (baile cantado) se destripan las innumerables pelotas de exquisita *ura-cahú* (miel borracha) y el baile llega al desenfreno, cayendo rendidos por el cansancio unos después de otros, en la fresca hierba.

En el transcurso del tercer dia, nadie se elimina á la influencia de las bebidas, y niños, viejos, mocetones y doncellas, si es que este nombre puede aplicarse á las jóvenes indias, yacen dormidos debajo de las planas ó entregados á las mas grotescas excentricidades y extravagancias primitivas.



La alegre fiesta se repite dos ó tres veces durante el año, con luna llena ó luna nueva, y el que puede, se entrega entonces á los placeres de la sensualidad, sucediendo mas tarde, cuando aparece un nuevo vástago, que si se le pregunta á la madre por el origen del niño, contesta con candorosa y primitiva inocencia, «del *Iarokég-puraci!*» ó «*tepeig-porá-Ierokég!*» que equivale á decir en castellano «este es hijo del baile de los lindos sueños».

Así realizan aquellas gentes sencillas, el supremo ideal de la fraternidad humana.





LA CADENA DE ORO

HACE mas de dos siglos existía al Norte de la Provincia de Corrientes un caserío compuesto de ranchos de naturales y un convento de piedra donde hacían penitencia algunos frailes jesuítas.

Aquel villorio llamábase la estancia Asunción, y entre los indios, Carai-Matías era primera persona, porque poseía caballos y animales domésticos, tenía el rancho mas espacioso y cómodo, hablaba el castellano y era casado con *Ñá-Maura*, mujer hacendosa y buena, que había sido educada en las santas prácticas de la religión católica apostólica romana; prácticas de las que tampoco permitía se alejara su hija única la hermosa *Taca* (luciérnaga) que llamaba la atención de criollos y naturales, y á quien pretendía en casamiento un indio jóven y trabajador que respondía al nombre de Colás.

Na-Maura y su hija, no faltaban jamás á las fiestas religiosas que se sucedían diariamente en el convento; y el padre Froilan, que era Rector y Guardian de la Santa Casa, se había prendado tanto de las virtudes de *Taca* y su madre, que con mengua tal vez, de sus ocupaciones místicas, hacía cuanto le era posible y estaba en su mano para que aquella familia no se desviara de la senda de la virtud y de las sanas prácticas por donde es sabido que las almas piadosas se ván derecho al cielo.

El buen sacerdote se hizo confesor y consejero de Carai-Matías, su mujer y su hija, y si dedicaba mas tiempo y laboriosidad á la confesión de la muchacha, era porque esta tiraba mas á folgar con las otras indias y se encontraba mejor en las danzas de los naturales que en los interminables rosarios, pláticas y confesiones á que el director espiritual quería someterla por via de purificación.

Taca tenía compromiso secreto con Colás, indio jóven, que cuando no andaba de

correrías por los bosques, buscando miel silvestre ó cacerías, se encontraba con ella y pasaban dulcemente parte de la noche en amorosa plática, ocultos ambos por los espléndidos cortinajes de las hojas de los bananos que abundaban en la huerta de Carai-Matías.

La muchacha, después, en la confesión, y porque nada quedase que pudiera influir para la perdición de su alma, narraba candorosamente cuanto le había ocurrido ó dicho su prometido en las deleitosas citas, y el reverendo padre la exhortaba para que abandonase aquellos peligrosos encuentros, que halagaban tan solo las malas tendencias de la carne, y se entregase de lleno á la oracion, ante la imágen de la Asunción que tenía en el altar del Convento.

Habíase establecido una difícil situación para la muchacha; consecuencia del choque de dos fuerzas igualmente poderosas que, según las circunstancias del momento, luchaban y se vencían parcialmente, sin poder conquistar ninguna de ellas el predominio absoluto de aquella voluntad de criatura.

Para *Taca* habíase hecho inconciliable la salvación del alma en una vida remota y eterna, pero que se le describía con detalles que no le dejaban lugar á dudas, y el cariño de Colás que cada dia se hacía mas irresistible y de cuyo lado estaban todas las ternuras de su corazón y los dulces ensueños de una felicidad real y presente, cuyos amables preludios la fascinaban, arrullándola como las brisas y el calor matinal á las flores del campo.

El padre Froilan, conocedor del corazón humano y de las exigencias de un torrente de cariño juvenil y contenido que bullía en la naturaleza de su penitente, fué consultado un dia en confesión, en un momento de esos pecaminosos en que al fin el hombre, conjunto irregular de espíritu y materia, obedeciendo á leyes inquebrantables y superiores, obra inconscientemente dejando en acción á los instintos.

El reverendo padre, en un raptó de elocuencia real, valiéndose de su palabra acostumbrada á convencer, ofreció á la joven las glorias inmarcesibles de la vida eterna y las riquezas incalculables de la presente, que poseía secretamente, siempre que se dejase guiar por él, en persona, á deliciosos parajes, donde solo podía existir la felicidad más completa para ambos.

Taca, impresionable é inexperta en las cosas de la vida, acostumbrada por educación á no dudar de las afirmaciones que le hacía el santo varón y dispuesta á creer porque era buena, cuanto se la prometía de agradable para el porvenir, aceptó sin vacilar la proposición del fraile, que aquella misma noche, acompañado de su hija de confesión, desapareció del convento y del villorrio, yendo á buscar en ignorados sitios la completa felicidad y los dulces encantos largo tiempo ambicionados.



Ña-Maura y Carai-Matías que no encontraban á Taca el dia siguiente, la buscaron por diversas chozas y pusieron en conmoción á los pacíficos vecinos.

Los frailes á su vez, no sabían del padre Froilan y pensaron quo podía haberle ocurrido alguna desgracia, tal como haberse extraviado en el bosque, víctima del fervor con que muchas veces se entregaba á las piadosas oraciones.

Poco tardó en saberse y comentarse por todos la coincidencia de aquellos dos extraviados, y los frailes llegaron á indignarse cuando descubrieron que no solo había desaparecido el padre Froilan, sino que por obra de encantamiento ó del demonio, no había una alhaja en el templo, de las que servían vistosamente para dar mas realce y mérito á los maderos tallados que en los altares hacían las veces de santos.

Tampoco habían quedado en las arcas del convento los minerales que cautelosamente se guardaban, como piadosas ofrendas de los fieles.

Aquello era, á mas de una irreparable falta de respeto á los canonizados, el mas reprochable é indigno olvido de los deberes que establece el compañerismo bien entendido entre los miembros de una comunidad.

Colás, que en el primer momento no salía de su asombro, reaccionó al dia siguiente y se propuso buscar al raptor de su querida y darle muerte donde quiera que estuviese.

El indio era el mejor instrumento para ejercer la venganza y los frailes le ayudaron á adquirir datos tendentes á descubrir el sitio donde los prófugos se guarecían.

Muchos dias pasaron, sin embargo, sin que nadie pudiera dar noticias de ellos.

Dicen, que andando el tiempo y como Colás no olvidó nunca su amor por Taca, que le había sido sustraída engañosamente, se internó una vez cazando en una isla boscosa del centro de la Iberá, donde encontró al fraile y á su amada en dulces coloquios.

El fraile, que era avaro, á mas de lujurioso, se ocupaba especialmente en fundir los metales y las alhajas robadas y forjaba anillos para una interminable cadena.

Golas se enloqueció al verlos, y en un raptó de ira dió muerte á su rival y á Taca, arrojó los dos cadáveres al lago, y quedó inconscientemente en poder de la cadena.

En sus horas de mayor locura se ocupaba el indio en forjar nuevos anillos que agregaba sucesivamente, mientras al compás del martillo repetía á voces el nombre de su adorada *ta, ca; ta, ca*.

Cuando murió Colás, después de mucho golpear, los espíritus del mal se apoderaron de su cuerpo, subieron en la piragua del cazador y remolcando el cadáver, demoraron trece dias en atravesar la lag una, asegurando en la otra orilla la extremidad de la cadena, de oro.

En las noches de luna se pascan por sobre la vislumbre interminable de la preciada, alhaja, las innumerables almas de los amantes desgraciados.

Cuando el sol se pone en las tardes de otoño, suelen verse sobre el horizonte unas extensas fajas ó barras de oro que lucen los preciosos reflejos del Iris; en esa dirección está tendida la cadena sóbrelas aguas silenciosas, y el sol la esmalta al despedirse el día; pero infelices de aquellos que traten de poseerla, porque no hay vicios mas detestables que el robo y la avaricia, y los que pretenden buscar aquel tesoro se pierden para no volver jamás de esos misteriosos sitios.





EL PADRE DE LOS MINUANES

EN lo mas apartado do los bosques del Norte, vivía solitario en su choza de cazador, el indio *Minuán*, que á causa de estar solo tenia que proveer por sí mismo á las necesidades domésticas.

El tiempo le era escaso para seguir en sus escondites al conejo, al pato cimarrón y al pavo de monte, teniendo á la vez que cocer sus alimentos en el rancho.

Un dia, pensó Minuán que debia visitar al *Tuyá* de la tribu, quien vivia en las chozas á orillas de un gran lago y pedirle compañera; con ose objeto revisó sus arcos, adornó su cabeza con la vincha mas hermosa de plumas de garza blanca, se bochó á la espalda el carcáj y la hamaca de *caraguatá* y emprendió su camino pensando en la muchacha que mas le habia gustado en las últimas fiestas y bailes á que asistiera el año anterior en las chozas del Tuyá.

Varios dias pasaron, antes que el cazador llegase á su destino, porque era indispensable al presentarse ante el viejo, llevar como presente la mas hermosas piezas de caza que se encontrase en los bosques.

Por fin, una mañana, cargado de pollonas y vainas de algarrobo, llegó el cazador á la choza del anciano y le hizo presente sus deseos.

Cuña-eíra (novia miel) tu sobrina, la moza de los bailes, es la que vengo buscando para llevarla á mi choza, le dijo.

Y el viejo componiéndose el pecho y reflexionando un instante contestó:

La luna no está buena, y *novia miel*, no puede ser infortunada. Espera á que no ande en los vientos el espíritu malo y prepárate para las pruebas, si ves que ella te quiere.

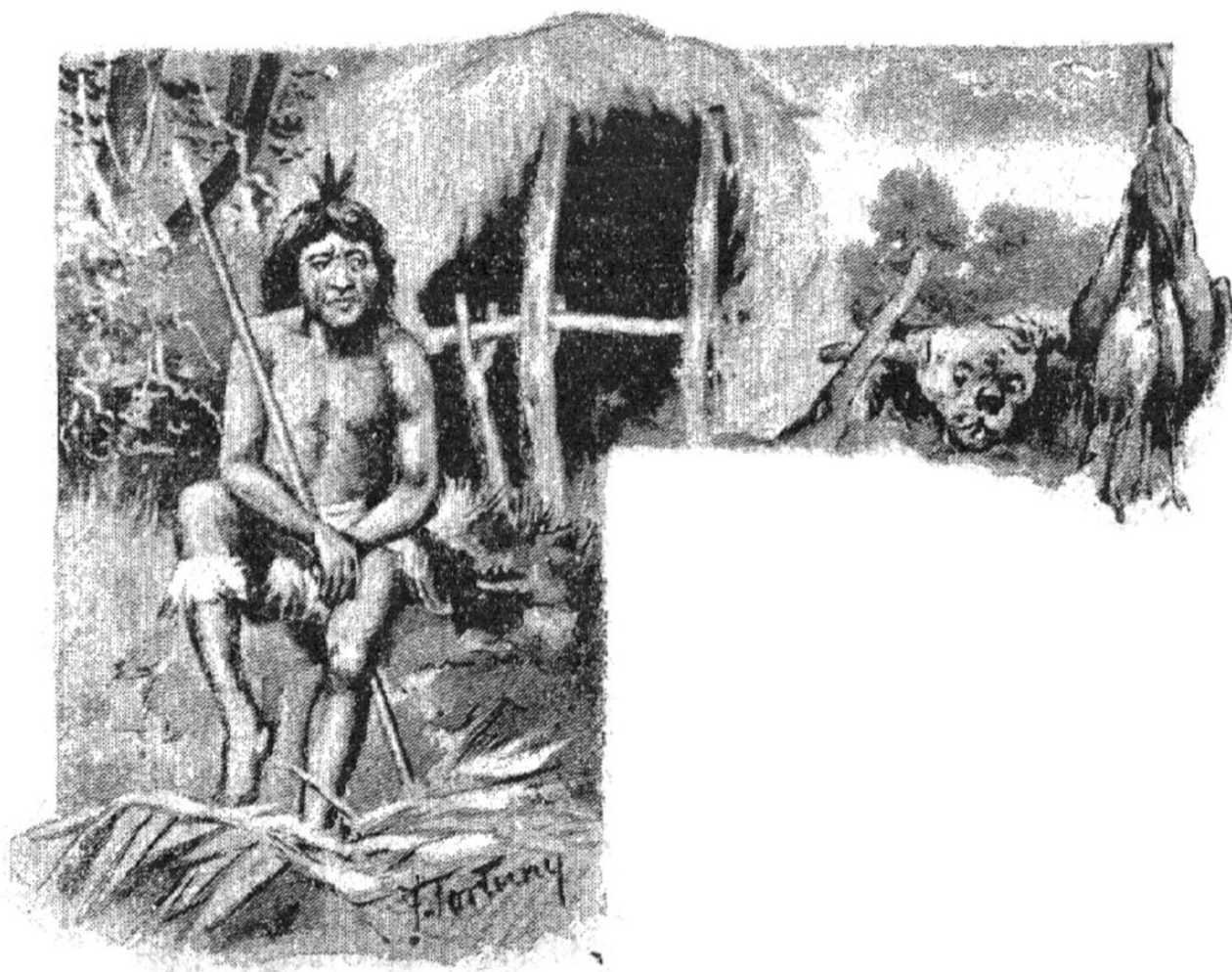
Minuán resolvió entonces quedarse en la toldearía, esperando mejor suerte y que la luna anunciase al brujo, una ocasión propicia para tomar mujer.

No tardó el cazador en encontrar el toldo de Cuña-eíra y obsequió á los padres de esta, con el algarrobo y las aves que le quedaban.

El mozo no fué mal acogido.

La muchacha era alegre y retozona, amiga infatigable de recorrer el valle, en busca de nidos y de flores, y su nombre simbólico tenia explicación y sentido para el que contemplaba la suavidad de su semblante y la dulce expresión de sus ojos americanos, grandes y negros.

En osos remotos tiempos de ignorancia y felicidad, los jóvenes de ambos sexos, tenían la inocente costumbre de recorrer cazando, el bosque y la campiña, en la hora en que el sol alzado en lo mas alto del cielo, incita á la chicharra á insistir en los largos y acompasados redobles de su canto de tambor.



Minuán lo sabía, y no tardó muchas siestas en ser el compañero favorito de Cuña-eíra, notándose por los otros mancebos y muchachas, la marcada tendencia que tenia esta pareja á alejarse de los sitios frecuentados por todos, para visitar las orillas del lago ó los parages mas boscosos.

La vida retirada que había pasado el cazador en los bosques del Norte, no parecía

ser causa de que se mostrara timorato y lerdo, para conquistar simpatías.

Minuán era ingenioso y había tocado un buen resorte para captarse la voluntad de la muchacha, resorte ó recurso que, no solamente es útil a los rústicos hijos de la selva, sino á los ingenios cultos, pues consiste en hacer hablar por sí y poner de su parte á la Naturaleza, que es madre común, confidente y maestra sábia.

Debernos sin embargo hacer notar que por mas que estaba perdidamente enamorado el buen indio y que no había siesta ni tarde que no diera sus paseos, no llegó nunca, en sus apasionadas pláticas á hablar con la elocuencia magistral, filosófica y académica, con que el indio Chactas, del sublime Chateaubriand, hablaba á su incomparable Atala.

Minuán pobre aborigen de Sud América, conducía á su amada á orillas de un lago, donde el *maíz del agua* ó Victoria Régia, tendia desde el fondo transparente hasta la superficie, sus prolongados tallos y sus grandes y redondas hojas de esmeralda; juntábale allí flores y explicábale en frases breves, el amor misterioso de las plantas que, también se aman, como rodo lo que tiene vida en lo creado.

Los pétalos magníficos, de esa planta aparecen sobre las aguas en el momento de la fecundación y exhalan sus flores, un ténue, perfumado y extraño suspiro, cerrándose después y ocultándose, para esparcir mas tarde sus semillas.

Minuán llevaba después á Cuña-eíra á la sombra del árbol llamado Haba del indio (*familia de las euforbiáceas*) y mostrábale como sus flores de ambos sexos viven mezcladas en la misma rama y se inclinan unas hácia otras, uniéndose por parejas.

El indio hablaba entonces á su amada con ol calor y entusiasmo de un hombre enamorado, proponíale vivir juntos, queriéndose por siempre y alejarse á los bosques seculares, donde tenia su choza y donde nadie ni nada podía perturbarlos.

Novia-miel, aceptó primero la galante proposición y la acogió después con entusiasmo; las aves en sus nidos, el bosque, el valle, la montaña y cuanto le era familiar le hablaba ya de una sola cosa: del amor intenso que se había posesionado en absoluto de su corazón.

La pareja fué un dia á ver al Tuyá para pedirle que no demorase por mas tiempo su felicidad.

El viejo agorero manifestó de nuevo sus dudas, á propósito de la claridad de la luna en las noches siguientes y les recordó que si *Ñandeyára* (el gran espíritu) lloraba, ellos tendrían que pasar por mil padecimientos é irse á habitar la Isla de los Infortunados, situada en un apartado lugar del lago, donde habían ido ya anteriormente tantos infelices.

La pareja insistió en quererse desposar y Minuán dijo, que estaba pronto á ejecutar la prueba, que consistía en arrojarse al lago, atravesar nadando una larga distancia y regresar esa tarde ó al dia siguiente, trayendo una abundante cacería.

La tribu se reunió en la costa y todos vieron partir á Minuán que volvió mas tarde con pavas de monte, cisnes y otras piezas de caza, que puso á los pies de su querida, manifestando nuevamente, que estaba dispuesto á desposarse, y que si *Ñandeyára* se

disgustaba acataría la práctica tradicional de abandonar por siempre su cabaña y sus bosques é ir acompañado de su mujer á poblar el pais maldito.

Á todo se conformaban ya, menos á esperar.

Era una noche de luna llena, la destinada á comenzar la ceremonia; una gran hoguera congregaba á toda la tribu á orillas del fogón, donde se servia el *Tereré-acú* (yerba mate) y los músicos hacían gemir sus originales instrumentos, consistentes en una enorme calabaza, que tiene una abertura en la parte inferior, por donde los tocadores meten la cabeza y el busto hasta los hombros, para hacer sonar del interior una flauta que se introduce en la calabaza por un pequeño agujero, practicado en su costado.

Los novios, los mozos y las muchachas, formaron una gran rueda, bailando y cantando hasta la media noche, al compás de las melodías monótonas, y á esas horas el Tuyá y los padres de Cuña-eíra, pidieron al mancebo que presentase las pruebas de su fecundidad, requisito sin el cual, ningún indio entrega una hija en *Mendá*^[15].

Minuán el cazador, que estaba prevenido para aquella ceremonia, avanzó entonces unos pasos hácia el grupo del pueblo, donde se encontraba una mujer de las lomadas próximas á su choza y tomó de la mano á un niño, que presentó al jurado.

Ninguno de los hombres ó mujeres tuvo objeción que hacer á propósito de la paternidad de Minuán, que presentaba su hijo.

El indio, por lo visto, no se entregaba exclusivamente al inocente ejercicio de cazar, cuando practicaba sus batidas en lo mas apartado de los bosques del Norte.

La luna subió paulatinamente recorriendo la bóveda azulada, pronto llegaría el momento de ocultarse, sin que ninguna nube de mal presagio, hubiese escondido su faz plácida, en aquella noche. El baile se suspendió al venir el dia y todos se sentaron en troncos ó en el suelo, mirando hácia Occidente.

La luna se ocultó en aquel instante y la ceremonia del *Mendá-potaba*, quedó terminada, con la algazara general.

La diosa del amor no tenia inconveniente en que aquella pareja se efectuara.

Los novios, los ancianos, los amigos y todo el pueblo se abrazaron, prorrumpiendo en gritos de alegría. Ñandeyára, no se babia, opuesto tampoco al casamiento, y todos en cortejo acompañaron á la pareja, hasta una choza próxima, que habian dispuesto para los desposados, los padres de la muchacha.

Los desposados tenían asegurada la felicidad por algunas horas, pero infelices de ellos, si llovía la noche siguiente! El llanto del gran espíritu importaba la reprobación del casamiento y la infortunada pareja, era separada violentamente por la tribu amotinada, llenábanlos en tal caso de improperios y de apostrofes injuriantes; estaban malditos por *Ñandeyára*; después de sufrir mil abstinencias y malos tratos, eran conducidos en ese caso á la orilla del lago, donde en presencia de todos, debían arrojar y desaparecer nadando ó ahogados para ir en cuerpo ó espíritu á poblar la isla maldita.

Es por esto que el dia antes Minuán habia hecho la prueba de natación y habia

vuelto con cacería.

Esa ceremonia es tendente á probar á la novia que debe estar contenta en desposarse, pues aunque la mala suerte los llevara á la isla maldita, siempre el hombre sabria proporcionarse los medios de subsistir, cazando ó pescando como lo habia hecho en aquel dia en que depositara á los piés de su amada, todas las piezas de caza que pudo obtener.

Si en la noche siguiente del casamiento la luna no sale clara y sin nubes recorriendo el cielo, con la misma placidez que la primera noche, los desposados no pueden hacer vida de casados, sino simplemente de amigos; es decir que no están obligados á guardarse recíproca fidelidad.

En el caso en que la luna siga siendo clara todas las noches, desde el casamiento, las fiestas y las danzas se repiten y son cada vez mas alegres hasta el fin del mes, terminando cuando la luna desaparece.

Minuán y su compañera tuvieron suerte en no disgustar á *Ñandeyára*, así es qué, concluida la ceremonia de aquella luna, se fueron juntos á la choza de los bosques del Norte y el gran espíritu los conservó felices, dándoles tantos hijos y nietos, que llegaron á poblar una comarca que fué denominada mas tarde tierra de los Minuanes.

En cuanto á las parejas que en aquellos remotos tiempos se desposaban y caían en infortunio, es sabido que atravesaban el lago misterioso é iban á habitar al Sur, tierras desconocidas, creyéndose con bastante fundamento, que estos sitios son las islas del interior de la Iberá.



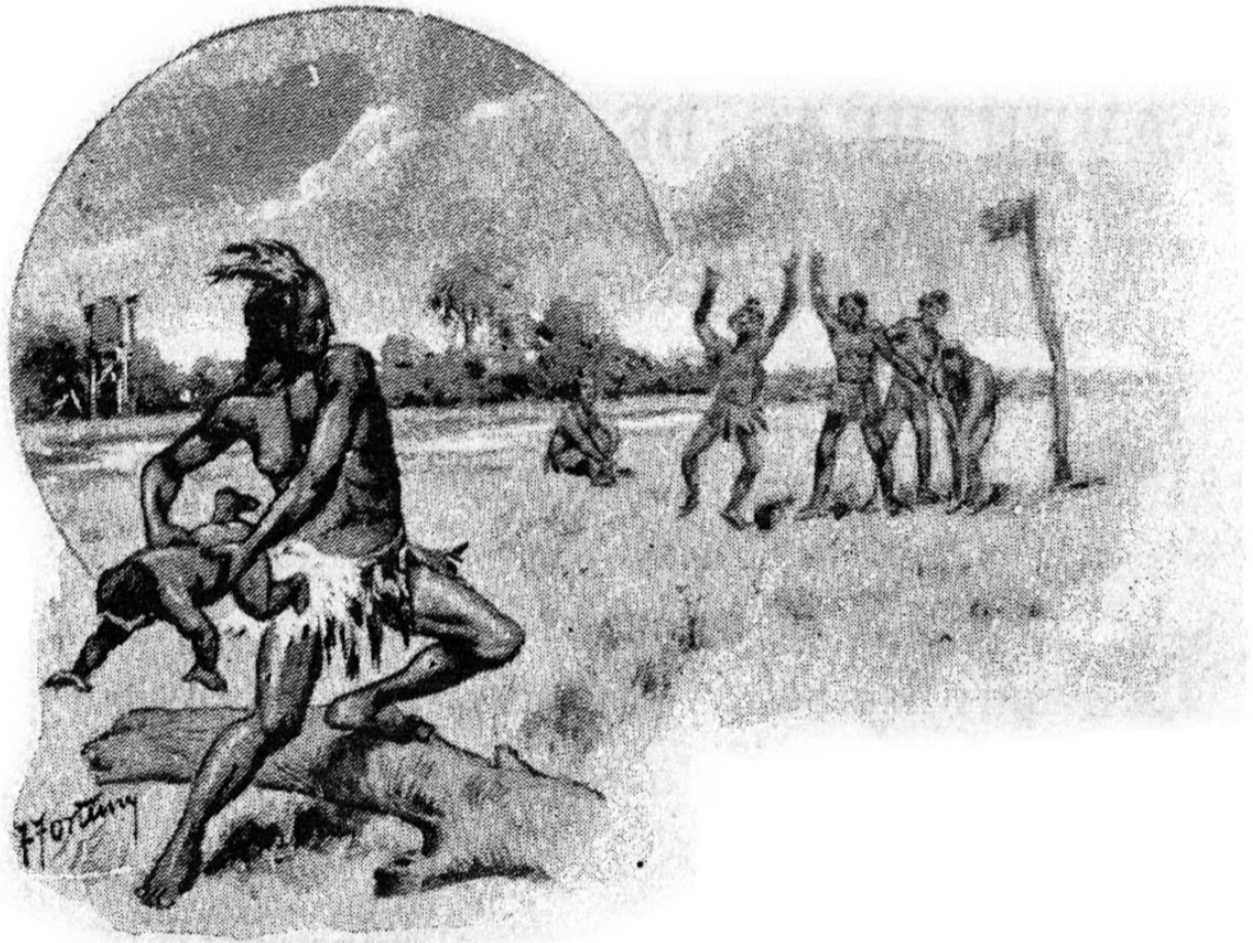


AVENTURAS DE JUAN TUYÁ

(EL DIABLO)

DL muy conocido personaje no siempre fué viejo y feo, y dado á intervenir en aventuras endiabladas.

Corto y escaso sería el papel para escribir los hechos que se le atribuyen al popular Tuyá, pues su espíritu infatigable y travieso se mete con sorprendente facilidad y según le conviene, tanto en el cuerpo de un encumbrado personaje, como en el de un animal; ó se convierte en objeto inanimado para guardar la incógnita de que nadie puede sacarlo. Es gran aficionado á intervenir en intrigas amorosas, de las que entre indios ó entre cristianos traen revuelto al mundo, y ha pasado de la tradición india á la leyenda popular contemporánea, anteponiéndose á su nombre primitivo, de simple *Tuyá* (viejo) el de Juan, que tambien suele darse á los zorros. Pero en este caso es necesario darle el título de Don, distincion muy natural y merecida tratándose del mas astuto de los cuadrúpedos.



Dice la tradición que en una muy remota antigüedad, Tuyá fué mozo, pero que su fealdad y pequeñez eran tan grandes, que sin embargo de sus maquinaciones, jamás pudo conseguir que lo considerasen las mujeres ó tomasen á lo sério sus asuntos. Sus fuerzas físicas, eran por otra parte, tan escasas, que no podía valerse de la lanza ó del arco para hacerse respetar entre los hombres, y en cada fiesta ó torneo en que se presentaba, solo podía servir para la burla ó la befa, debido á su muy desgraciado natural.

Los indios grandes y vigorosos que se ejercitaban un dia, divididos en dos bandos, en mantener en el aire una pelota, tomaron en cierta ocasión á Tuyá por la cintura y comenzaron á tirarlo de unas á otras manos, en medio de estrepitosas carcajadas, que aumentaban el enojo del pobre muchacho indefenso.

Cuando se cansaron de hacerlo saltar por los aires, diciéndole improprios ú ofensivos epítetos, tales como *¡siete mesino!* *¡hormiga!* *¡vicho de cesto!* etc., resultó que el muchacho tenía una pierna rota, de la que jamás pudo curarse.

Un dia en que el desgraciado vagaba sin consuelo por los bosques inmediatos á su choza, pensando tristemente en los grandes infortunios de su vida, creyó oír del lado de la espesura una voz de mujer que lo llamaba y detuvo su marcha que, aunque iba á saltos, era lenta á causa de la cojera consabida.

Dejando aquel sendero Tuyá, se internó por entre las ramazones y fué á salir á un

sitio de grandes hojas, donde había una fuente y de donde probablemente había salido la voz que lo llamaba.

¿No será posible, decía el cojo en su camino, que un génio protector, un espíritu de los muchos que vagan por el bosque me proteja y aconseje, para que pueda vencer los obstáculos y dificultades que todos los días me salen al paso?

Tuyá estaba cansado cuando llegó á la fuente, y sentándose en el musgo, tomó una hoja de achira, formó con ella un cartucho y bebió de aquellas aguas estancadas, verdes y transparentes.

Al arrojar la hoja de achira y desplegarse ésta en el aire, apareció de pié al lado del muchacho una mujer vieja, horriblemente fea, envuelta en cueros de *Aguará Chai* (especie de zorro grande) y que en su cabellera desgredada y gris anidaba serpientes.

La aparecida, al tender su mano seca para apoyarse en las achiras, produjo un ruido extraño, semejante al que hace el crótalo cuando algún inexperto se le aproxima, previniendo de su proximidad.

«Yo soy la sombra de esta fuente, dijo la vieja aparecida, que he oído tus quejas y quiero protegerte! Eres el hijo de mi vejez y he de enseñarte el medio de vengar las ofensas, de vencer á los hombres y de turbar la paz de las mujeres!»

Ante aquellas palabras, las serpientes se agitaron y despertáronse súbitas todas las ambiciones del joven, que poniéndose de pié, miró de frente á la asquerosa bruja.

Los crótalos se conmovieron nuevamente y la cara de la vieja se contrajo en una horrible mueca; pero el joven, cegado por la ambición, no pareció hacer alto en la figura horrible que tenía delante, y sin cambiar de actitud, dijo á la sombra: —Yo quiero ser temido, poderoso, grande, fuerte!

«Siéntate ahí de nuevo, le respondió la bruja, y escucha mis palabras, aborto de mi vejez, si quieres llegar á ser temido.»

Como obedeciera el cojo, la bruja continuó:

«Te frotarás el cuerpo con esas hojas de achira y seguirás por esa estrecha senda sin preocuparte nunca del dolor ajeno, ni de lo que dejes á tu espalda.

«Tendrás en adelante el privilegio de transformarte en animal ó en objeto, siempre que de ello te resultare un beneficio ó un aprendizaje. Cuando hayas sufrido algunas transformaciones la senda habrá concluido y será el momento de abandonar tu cuerpo definitivamente: entonces nadie podrá oponerse á tus propósitos. Volverás á esta fuente y serás lo que quieras en la tribu, si has aprovechado de tus transformaciones, sabrás la ciencia del bien y del mal.»

Concluido este discurso, desapareció la bruja, y Tuyá emprendió el camino que se le había indicado, proponiéndose aprender primero todas las maldades que pudiera. Sabiendo el mal, se decía, podré vengarme pronto de todos mis enemigos: y cojeando, cojeando, llegó á unas grandes cuevas donde una cuadrilla de zorros había hecho su guarida.

Algo tendré que aprender de estos astutos animales, dijo Tuyá, y golpeando á la entrada de la cueva, pidió le permitieran hablar con el mas viejo.

Pero nadie respondía á sus llamados, y el cojo á grandes voces y en idioma de zorro invocó la autorización que tenía de la bruja para poderse transformar, presentándose entonces por su espalda un respetable zorro que desde considerable distancia le preguntó cuál era la causa de que promoviera tanto estrépito y barullo en la puerta de su casa.

Es que quiero ser zorro, dijo el mozo, y vivir con Vdes. algún tiempo para aprender á cazar.

El cortés dueño de casa no tuvo inconveniente en acceder á aquel pedido, y como Tuyá le preguntase, lo que debía hacer para transformarse, el zorro viejo le ordenó se pusiera en cuatro pies y avanzase ahullando hasta el sitio en que él se encontraba.

El cojo obedeció y se quedó desde entonces convertido en un perfecto zorro, cojo, llegando la cuadrilla á confiar en él y á enseñarle cuanto podía aprender.

Aquella cueva había sido robada á unos conejos que los zorros se habían comido sin el menor remordimiento, y las batidas diarias que daban aquellos individuos eran tan grandes, que ningún animal se conformaba con pasar de dia ó de noche por la proximidad de la morada zorruna.

Un dia que celebraban un banquete costado por un casal de pavos gordos ¡atrapados en la aguada, se produjo en la vecindad un ruido extraño y la mas estrepitosa fuga de zorros se produjo en el momento.

Una tigre que buscaba alimento había olfateado la presa y se presentó de pronto, no encontrando en el sitio mas que á Tuyá, que por entonces era un zorro gordo y retacón.

La tigre devoró los depojos que nuestro personaje le ofreció galantemente, y como ya él sabía las artimañas de que se sirven zorros para robar, propuso á la tigre formarle compañía y ayudarla en sus trabajos, á condición de que lo aleccionase en lo que aun no había aprendido y que podían enseñarle los tigres.

Como la pobre hembra andaba sola, aceptó la proposición del zorro, y dando una zarpada convirtió al pequeño cuadrúpedo en un tigrecito, bien dotado de garras y de instintos felinos.

Pero yo soy muy chico! dijo Tuyá á su compañera, y mal podré así acompañarte y luchar con enemigos fuertes. La tigre aleccionó al nuevo acompañante en sus prácticas y asaltos, llegando en pocos dias de comer carne erada á tener un tamaño sorprendente.

Una mañana que los dos camaradas se encontraban dormidos en un espeso matorral fueron de pronto asaltados por los perros de un cazador, que coleccionaba pieles de jaguar para ofrecerlas al cacique. La tigre, que era tigre realmente, se empacó ante los perros y fué víctima del experto cazador, pero Tuyá que había aprendido con los zorros á no afrontar dificultades, se perdió en la espesura precipitadamente sin que los perros pudiesen alcanzarlo.

Pensó entonces el cojuelo que estaría mucho mas asegurada su existencia si se convertía en pájaro, pues en el caso de un apuro se salvaría con remontar el vuelo, y

como en ese instante pasasen por el aire unos tucanos, propuso al que volaba mas bajo, le permitiese transformarse en ave y vivir por algún tiempo como ellas en la copa de los árboles, alimentándose de insectos.

Manifestó el tucano que creía bien difícil pasar de tigre á pájaro, pero Tuyá después de laboriosos esfuerzos para achicarse, pudo, mediante el arte mágico de que estaba dotado, convertirse en una de esas aves de formidable pico.

Así vagó Tuyá por espacio de muchas estaciones, cambiando su existencia en cuanto animal existe y aprendió muchas cosas que al principio no sabía, hasta que al fin, viendo estrecharse la senda que se le había prescrito para seguir su marcha, y de conjetura en conjetura, dedujo que para conocer maldades no debía convertirse en ave ni en cuadrúpedo y que á fin de llegar mas pronto á la perfección del mal, lo que podía ser con mas éxito era simplemente hombre, viviendo en cualquier toldería ó agrupación.

Los zorros, se decía, se apoderan de las cuevas de conejos y devoran á sus vecinos, pero ese ha sido el instinto con que la naturaleza los ha formado; los tigres son también carnívoros y asaltan los rebaños exponiéndose á sucumbir en las luchas cuerpo á cuerpo, por la ineludible necesidad de alimentarse ó alimentar á sus cachorros, y las aves persiguen á los insectos por razones análogas, pero ¿qué necesidad impulsa al hombre á aniquilar á sus iguales? á despojar al indefenso de sus bienes? á exterminarse en guerras fratricidas?

Seguramente, se decía Tuyá, yo no debía haber abandonado mi primitivo sér, para aprender maldades; y como después de muchas lunas llegase al fin lejano de la senda, donde debía abandonar su cuerpo, volvió en espíritu al sitio del lago ocupado por la bruja y enumeró las cosas aprendidas, exponiendo también la razonable conclusión á que arribara.

La bruja era de la misma opinión que Tuyá, y le permitió desde entonces subsistir en espíritu, mezclándose á los negocios ajenos, para cometer maleficios á su antojo y subyugar á los hombres, turbando con caprichos á las pobres mujeres.

Desde entonces anda el mundo hecho un pandero, y Juan Tuyá aunque es cojo, no ha querido salir de entre los hombres; vive en espíritu, porque así enreda á todos, contando con la impunidad mas acabada, y es la rémora de todo progreso ó adelanto en el sentido del bien.





ORIGEN DEL MAIZ

EN tiempos muy remotos en que las tribus vivían alejadas y los hombres proveían separadamente y por sí solos al sustento de sus familias, yendo todos los días á la caza ó á la pesca; existieron dos cazadores que se criaron juntos y en la misma comarca.

Cuando llegaron á la edad viril los unía la mas estrecha amistad y eran los únicos que se ayudaban en la caza y compartían las piezas obtenidas, llevando cada uno iguales alimentos á su choza.

En la misma estación se resolvieron á tomar mujer y pasaron por las pruebas de práctica en la tribu, construyendo sus cabañas próximas una de otra.

Como aquellos cazadores eran dotados de buenos sentimientos y tenían la salud y la fuerza que abunda en la juventud, el gran espíritu no olvidó velar por ellos y muchos hijos vinieron á rodearlos recíprocamente, en el transcurso de muy poco tiempo.

Un día que procuraban pescar á orilla de un remanso, uno de ellos dijo al otro; ¿no será posible que *Ñandeyára* que manda las aves del cielo y los animales para alimentarnos y alimentar á nuestros hijos, haya puesto también sobre la tierra, otra clase de alimentos mas fáciles de conseguir?

Las frutas silvestres tienen su estación para madurar, repuso el compañero, la caza y la pesca suele faltarnos algunas veces, y muy mal nos veríamos si las raíces de algunas plantas ó los cogollos de palmera no sirvieran también para nutrirnos.

Platicando así se pasaron las horas y en aquella ocasión la pesca no fué abundante. Al día siguiente los cazadores prepararon temprano sus arcos y sus flechas y se dirigieron al bosque en busca de pollonas ó gallinetas.

Mucho caminaron, deteniéndose á veces, solo el tiempo necesario para escuchar los ruidos que pudiese promover en la espesura la res apetecida, al huir del cazador. Pero la batida no dió mejor resultado que la pesca del dia anterior, porque las aves y los cuadrúpedos se habían retirado á otras comarcas, y apenas obtuvieron lo indispensable para el sustento.

La escasez se hizo sentir durante toda aquella luna y una noche los dos cazadores se sentaron tristes y pensativos en el tronco rústico que á la puerta de la cabaña les servía de asiento. Conversaban sobre la necesidad que había de conocer las plantas alimenticias, cuando de pronto se presentó delante un guerrero fuerte, que salía de la oscuridad envuelto en llamas de luz. Aproximándose les dijo que era enviado de *Ñandeyára*, el que desde la oscuridad había oído la conversación que habían tenido, y lo enviaba para proporcionarles el alimento que les faltaba, á cuyo objeto debía batirse con ellos para saber cual era el mas fuerte, debiendo el mas débil sacrificarse y ser enterrado en la proximidad, pues de su tumba nacería una planta útil al hombre, la que daría frutos exquisitos y suficientes para mantener en todo tiempo á las dos familias y á cuantas criaturas la cultivasen.

La lucha se estableció inmediatamente en el patio de la cabaña. Las familias indias no habían comido desde hacia dos dias. El mas débil de los cazadores fué *Avatí*, á quien sepultaron debajo de la tierra, entre su amigo sobreviviente, que lamentaba la separación ineludible y el guerrero aparecido, quien concluida la operación aquella misma noche, se perdió entre las sombras de que había salido.

Como aquella muerte se efectuó de noche no se apercibieron de que al indio enterrado le quedaba descubierta la nariz, y la familia del cazador pudo encontrarlo, por esa circunstancia, llorando muchas veces en los dias subsiguientes, sobre aquella tumba.

La mujer y los hijos del difunto cuidaron siempre de quitar las malas yerbas que crecían en la proximidad, y el cazador que quedaba solitario, aun que nada dijo de su secreto, tuvo que trabajar con ahinco y demorar mas tiempo en los bosques ó en los lagos para proporcionar el alimento indispensable á su familia y la de su amigo sacrificado.

Ñandeyára y el *guerrero de luz* le espantaron la caza para el lado de su cabaña y lo encargaron de los hijos del muerto, mientras que la planta que había de nacer no producía alimento.



Un día al empezar la primavera, todos fueron sorprendidos por la agradable nueva de que en la tumba de Avatí, precisamente donde antes se veía asomar la nariz, había nacido una hermosa planta de grandes hojas y verdes espigas doradas.

El cazador vió entonces cumplida la promesa hecha por el luchador aparecido y tranquilizándose, comprendió de la gran sabiduría de *Ñandeyára*, que puede sacrificar á un hombre bueno en bien de todas sus criaturas.

Desde entonces llaman los guaraníes á aquella planta el *Avatí* (nariz del indio) (maíz) en recuerdo del cazador sacrificado y los naturales de toda la tierra cultivaron en adelante con esmero en sus pequeñas huertas el exquisito grano, cuya espiga al ser pasada de unas á otras manos, entre los que la cultivan, simboliza la unión y la afectuosa amistad, pues ningún buen indio olvida que la abundancia que proporciona ese exquisito alimento, tanto al cazador y á sus familias, como á todos los animales, proviene del sacrificio de un amigo fiel.

Después de escrita esta leyenda encontramos en el libro de Mr. O. Mathews, viajero inglés que ha recorrido las comarcas indias de los Estados-Unidos, y cuya obra nos ha facilitado nuestro distinguido amigo el naturalista Dr. Eduardo L. Holmberg, la siguiente leyenda análoga que nos complacemos en traducir para que el

lector conozca también el origen que los indios Pieles Rojas atribuyen á tan estimable grano.

WUNZH Ó EL ORIGEN DEL MAÍZ

(De Mister C. Mathews)

En un tiempo muy remoto, nosotros no sabríamos decir justamente en que época, un pobre indio vivía, con su mujer y sus hijos, en un magnífico país.

Estando solo le era costoso procurarse el sustento para su familia: sus hijos eran todavía muy jóvenes para compartir los trabajos.

A pesar de su miseria este hombre se encontraba feliz y no dejaba nunca de dar gracias al gran espíritu por todo lo que le enviaba. Se quedaba á veces durante la tarde, en el dintel de su cabaña, para bendecir los pájaros que pasaban, mientras que si hubiese sido de un carácter envidioso, hubiera sin duda sentido no verlos sobre su mesa, para su comida de la noche.

Wunzh, su hijo mayor que había llegado á esa edad en que se ayuna habitualmente, para saber que suerte le está reservada y que espíritu protegerá su existencia, había heredado el feliz natural de su padre.

Desde su mas tierna infancia, se había mostrado afable y obediente, por eso era el querido de toda la familia.

Tan pronto como aparecieron los primeros brotos de la primavera y que los frescos perfumes del nuevo año embalsamaron los campos, el padre de familia y sus hijos mas jóvenes, construyeron para Wunzh, la pequeña cabaña solitaria, donde debía cumplir su ayuno solemne, según el rito acostumbrado.

Con el fin de prepararse mejor, el joven trataba de arrojar de su corazón, todo lo que podía tener de reprehensible, para desarrollar por el contrario los sentimientos mas laudables y los mas elevados.

Durante los primeros dias de su ayuno, Wunzh se paseaba por los bosques y por las montañas, para examinar las plantas nuevas y las flores, y procurarse sueños que fueran agradables.

Sus correrías en plena campaña, hicieron nacer en él un ardiente deseo de saber como las yerbas, las plantas y los arbustos pueden crecer sin el menor socorro humano; hubiese deseado también conocer las diferentes especies de plantas, para distinguir las que son venenosas, medicinales ó buenas para comer.

Cuando el joven se encontró demasiado débil para salir, se encerró en su pequeña cabaña, y repasando todas estas ideas en su espíritu, deseaba soñar alguna cosa que pudiera ser útil á su familia y á sus semejantes.

Es cierto, se decía Wunzh, que el gran espíritu ha hecho todas las cosas y es á él, que nosotros le debemos la existencia. ¿No podría darnos otro alimento que la carne de los animales ó de los pescados, que nosotros no podemos procurarnos mas que á fuerza de muchas penas? ¡Si por felicidad, yo pudiera encontrar este secreto en mis visiones!

El tercer dia Wunzh se encontró tan débil que no pudo levantarse del lecho. De pronto creyó apercibir á la puerta de su cabaña una brillante claridad, en medio de la cual descendió del cielo un hermoso joven vestido de rosa y blanco, entrelazado su rico vestido de cintas verdes y amarillas de nubes diferentes. Tenía sobré su cabeza un ramo de plumas, que sus graciosos movimientos hacían ondular ligeramente; todo en este extranjero le recordaba á Wunzh la fresca verdura del musgo, el claro azul del cielo y la apasible brisa del verano. El hermoso extranjero se paró sobre un pequeño tronco que estaba situado precisamente en frente de la puerta de la cabaña.

Mi amigo, dijo la voz melodiosa del mensajero celeste, el gran espíritu que ha creado todas las cosas en el cielo y en la tierra, me envía hacia vos. El conoce los motivos que os han impulsado á ayunar, sabe que vos no deseáis obtener ni la fuerza en los combates, ni la gloria en los consejos de los hombres; pero que os sentís movido por el caritativo deseo de hacer bien á vuestros semejantes; yo vengo pues para instruiros y enseñaros como podéis cumplir vuestros deseos.

El extranjero invitó al joven á levantarse para luchar con él, pues sería el único medio para lograr sus fines.

Wunzh se sentía débil, pero la voz del mensajero era tan tentadora, que el joven sintió renacer su corage y que se tomó la resolución de morir, antes de ser vencido. Corage, valiente Wunzh y vuestro resultado será debido á la resolución que os anima en este momento.

Después de un largo combate que había casi agotado las fuerzas del joven, el extranjero le dijo sonriéndose: Mi amigo, es bastante por esta vez, pero yo volveré todavía y desapareció en los aires tan súbitamente como había venido.

Al dia siguiente aunque Wunzh oyó el gorgo de las aves y vió abrir las flores salvages en el tallo de los árboles del bosque, tardaba en ver el enviado celeste y escuchar de nuevo su voz melodiosa.

Con gran alegría de Wunzh el hermoso extranjero volvió é presentarse como la víspera á la puesta del sol, para desafiarlo á la lucha.

El valiente Wunzh se encontraba todavía mas débil que el dia anterior, miéntras que por el contrario parecía haber crecido. El extranjero notando que su adversario luchaba con mas energía, le repitió las palabras de que se había servido ya una vez, y agregó:

Mañana tendrá lugar nuestra última prueba, tened buen corage mi amigo, pues es

necesario que puedas vencerme para obtener la realización de vuestros deseos.

Y el rayo de luz que rodeaba al enviado celeste brillaba con mas fuerza que nunca.

El tercer dia se renovó todavía la lucha. El pobre Wunzh estaba ya bien débil de cuerpo: pero su eorage era mas firme que nunca y se había decidido á vencer ó morir. Combatía con la última energía y después de una lucha, mas tenaz que las precedentes el extranjero se declaró vencido.

Por primera vez entró en la pequeña cabaña donde se sentó cerca de Wunzh, con el propósito de enseñarle como debía aprovechar su victoria.

Vos habéis llenado, dijo el enviado celeste, las condiciones que el gran espíritu imponía para colmar vuestros deseos. Habéis luchado valientemente. Mañana séptimo dia de vuestro ayuno, vuestro padre os traerá comida y yo lucharé por la última vez con vos. Vos seréis vencedor, estoy bien convencido; inmediatamente que me hayáis derrotado, me sacaréis los vestidos, despojarás á esa huerta de las malas yerbas que han crecido, renovarás la tierra y me enterrarás. Después dejaréis mi cuerpo en reposo sin tocarlo, pero vendréis de tiempo en tiempo á visitar ese lugar para ver si he tomado una nueva vida, y sobre todo que ninguna mala yerba crezca sobre mi tumba, en la cual una vez por mes, renovaréis la tierra. Si seguís exactamente mis instrucciones, podréis un dia asegurar el bienestar de vuestros semejantes mostrándoles lo que hoy os enseño.

El mensajero celeste estrechó la mano del joven y desapareció tan de pronto, que Wunzh, no hubiera sabido decir que dirección había tomado.

Al dia siguiente de mañana el padre de Wunzh llegó á la pequeña cabaña con algunos alimentos para su hijo.

Mi hijo, le dijo, vos habéis ayunado bastante tiempo. Si el gran espíritu hubiera tenido la intención de favoreceros debía haberlo hecho ya, pues hace siete dias que ayunáis y no es necesario sacrificar vuestra salud. El dueño de la vida no exige semejante ofrenda.

Mi padre, contestó Wunzh, tened la bondad de separaros hasta que el sol se oculte en el ocaso. Tengo razones que me obligan á prolongar mi ayuno hasta esa hora.

Está bien mi hijo, respondió el anciano, esperaré hasta que estéis dispuesto á tomar alguna cosa.

A su hora habitual el mensajero apareció y dió principio á la ludia.

Aunque Wunzh había rehusado el alimentó que su padre le había traído, el joven sentía nuevo vigor.

La esperanza de cumplir una gran obra sostenía al valiente niño.

Era semejante al águila que desde la cima de un árbol elevado, extiende á lo largo sus alas para remontar su temerario vuelo.

El joven, sostenido por una fuerza sobrenatural, dió en tierra al fin con su celeste adversario y siguiendo las recomendaciones de este último, lo despojó de sus ricos vestidos y de sus hermosas plumas, después viendo que el extranjero estaba muerto, lo enterró en su huerta con las prescripciones establecidas, conservando siempre la

esperanza de que su amigo tomaría una nueva vida.

Wunzh volvió enseguida á la cabaña paternal, donde toda la familia lo recibió con felicidad, pues antes del ayuno se encontraba en comunicación importante con el gran espíritu. El joven no había visto durante todo este tiempo mas que á su padre, imágen viviente para sus hijos del padre todopoderoso que vivía en los cielos.

Wunzh tomó parte sobriamente en el festín que le habían preparado y compartió de nuevo los trabajos y alegrías de la familia. Pero no olvidó miéntras duró la Primavera, de ir á visitar la tumba de su amigo cuyas yerbas parásitas arrancaba manteniendo la tierra en buen estado. Algunas veces al pensar que su amigo podría haberlo abandonado para siempre, las lágrimas del valiente Wunzh, corrían sobre la tierra de su mausoleo.

El joven vió pronto, salir unas plumas verdes, que crecían tanto mas ligero, cuanto que Wunzh seguía fielmente las instrucciones de su amigo, y cada dia idolatraba mas la memoria de éste.

Semanas y meses pasaron así; el verano tocaba á su fin, cuando un dia después de una cacería que había durado mucho tiempo, Wunzh, que no había confiado nunca este secreto á su padre, le rogó que lo acompañara al sitio solitario donde había ayunado.

La pequeña cabaña había sido destruida, y se había impedido que los arbustos brotaran sobre el lugar que ellos ocupaban anteriormente, solo en el centro se levantaba una graciosa planta de hojas largas, que coronaban verdes plumas ondulantes y ricas espigas doradas. Había en el aspecto de esta planta algo que hacía recordar la fresca verdura del musgo, el claro azul del cielo y la apasible brisa del verano.

Es mi amigo! gritó Wunzh con trasporte; es el amigo del género humano. Es Mondawnem: Nuestro trigo indio! Nuestra existencia no dependerá de la caza solamente; pues siempre que se tenga cuidado de esta preciosa planta la tierra nos proporcionará nuestro alimento.

Ved mi padre, presentándole una espiga, ved aquí lo que he obtenido con mis ayunos. El gran espíritu ha querido escuchar mis ruegos y nos ha enviado este precioso regalo. De hoy en adelante nuestra existencia no dependerá mas de nuestra suerte en la caza ó en la pesca.

Wunzh repitió á su padre las explicaciones que había dado el hermoso extranjero; le dijo que la espiga debía ser despojada de las verdes hojas, como lo había sido el extranjero de sus ropas después de la lucha, y que enseguida la espiga debía colocarse delante del fuego, hasta que su corteza se volviera color ceniza, lo mismo que los colores de su celeste amigo se habían coloreado á los rayos del sol, porque entonces el grano de maíz, conservaría en su interior todas las sustancias alimenticias.

En su reconocimiento hacia el árbitro de la existencia que había tenido piedad de ellos, la familia del joven hizo una gran fiesta en honor de las espigas.

Es de esta manera que este don tan precioso llegó al mundo, y nosotros debemos á

los sueños y al corage del valiente Wunzh, las magníficas cosechas de espigas amarillentas que cubren nuestras planicies indias.





EL HERMANO DE LOS ZORROS

EN una época tan remota, que sería completamente inútil pretender determinarla por las infinitas veces que desde entonces ha pasado y ha vuelto á pasar la estación en que, los campos y los bosques reverdecen, cubriéndose de flores y de frutos; existió un indio cazador que había tenido que proveer solo al sustento y cuidado de sus tres hijos varones, porque su mujer murió cuando el mas chico empezaba á dar pasos alrededor de la cabaña.

Payaguá, que así se llamaba el indio, preocupado de la horrible desgracia que arribaría á sus chicuelos si él faltara para socorrerlos y alimentarlos, se alejaba muy pocas veces de su rancho y veía con júbilo los progresos que hacían los dos mayores en la caza del conejo cimarrón, las pollonas y los pequeños peces.

Es sabido que en esta vida los infortunios no andan solos y que tras una desgracia deben esperarse muchas, que no tardarán en sucederse.

Payaguá se sintió enfermo y vió que se llegaba el fin de su existencia.

Hacía tres dias que el pobre cazador no abandonaba el lecho de cañas, y sus hijos mayores proveían al sustento de todos, cazando en la vecindad; cuando una noche los llamó en torno suyo para darles el último consejo.

«Hijos míos, voy á morir, les dijo; es necesario que como hermanos buenos se quieran y se cuiden recíprocamente!»

«Cuando mis huesos descansan en la fosa que está abierta al pié de aquel gran árbol, donde se abrió otra tumba no hace mucho, mi espíritu vagará en torno de Vds. y haré todo cuanto me sea posible para favorecerlos, atrayendo la caza para los dos mayores y velando porque al mas chico, que ha de quedar cuidando la cabaña, no le

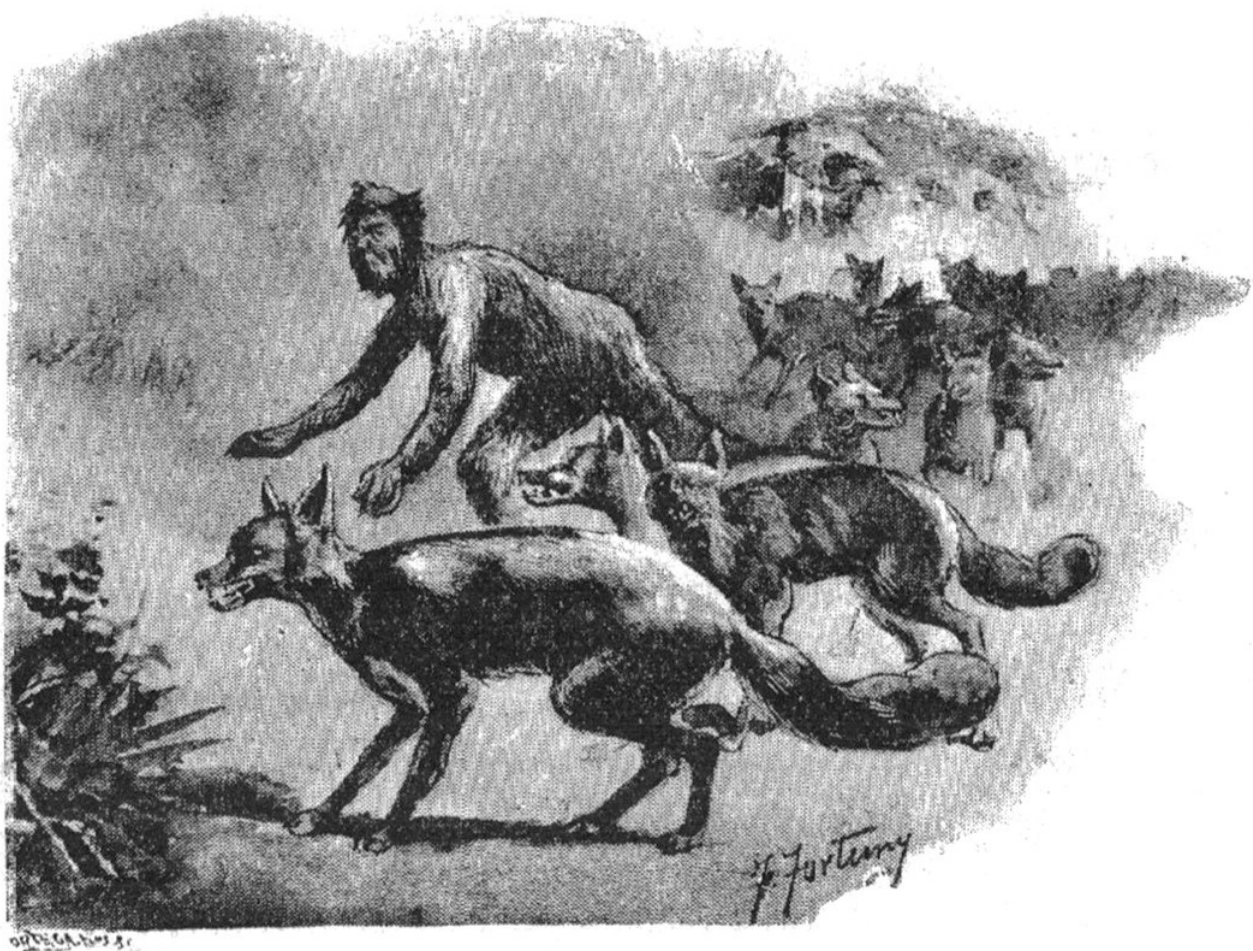
acontezcan desgracias, ni los malos espíritus le traigan infortunios; ante todo les pido que sean siempre unidos, se acompañen en la caza y compartan su presa con el mas pequeñuelo, hasta que llegue el tiempo en que sepa por sí solo procurarse alimento».

Dos días después de la muerte de *Payaguá*, sus hijos depositaron en la tierra aquel cadáver frío, cumpliendo en todo las prescripciones que les diera su padre y algún tiempo pasó sin que ninguno de los tres olvidara sus consejos; pero llegó una época del año, en que se hizo penoso y difícil proveerse de sustento.

Los hermanos mayores salían entónces al bosque y á largas escursiones, quedándose á veces durante la noche y el dia siguiente en sitios apartados.

Encontraron mas tarde las chozas; de otros hombres y empezó á serles agradable permanecer en ellas, en compañía de extraños, olvidando la vivienda donde el hambre visitaba con frecuencia al chico solitario, que muchas veces se alimentaba de cogollos de plantas ó de raíces crudas de una yerba que crecía en la proximidad.

Una vez que los zorros, que atondaban en el bosque, rastreaban buscando su alimento en las cercanías del rancho abandonado, oyeron los lamentos del niño y con su sagacidad tan pronunciada, llegaron á convencerse de que en aquella choza no había persona que pudiese hacerles mal. Se aproximaron entonces á las tapias de barro é hicieron su guarida en aquel sitio donde durante el dia, quedaban los restos de las aves ó animales con que se habían alimentado.



El niño se apoderaba de aquellos despojos y no tardó en familiarizarse con los animales que la providencia había traído para proporcionarle alimento.

Pensaba en el espíritu de su padre que debía velar en torno suyo y creyó que desde que sus hermanos no venían, alguna desgracia debía haberles ocurrido.

¿No habrán muerto también ellos, como murió mi padre? —se decía.

El espíritu de todos estará tal vez entre estos buenos seres, que me traen de comer y se duelen de mí!

Pasó el tiempo y el chicuelo aprendió, en compañía de los astutos cazadores de la selva, á sorprender las aves en los lagos ó en las tupidas ramazones á atacar la corzuela, ó hacer presa en las ocultas viviendas del ligero *Aperiá* (conejo).

El cuerpo del niño fué poco á poco cubriéndose de pelo, por efecto de la desnudez y pudo así resistir mucho mejor las intemperies.

El idioma sencillo de los zorros llegó á serle familiar y como vivía durante el día y la noche en aquella compañía, difícil le hubiera sido usar de otro lenguaje.

Con su inteligencia de hombre llegó á ser un cazador mas diestro y mas fuerte que todos los de la cuadrilla, y las batidas que daban por la proximidad, eran siempre eficaces.

Una vez que los indios, en compañía de los dos hermanos mayores batían aquellos bosques, siguiendo por su rastro á los tapiros, acertaron á pasar por la proximidad del árbol donde estaba la tumba de *Payaguá* y su mujer.

Los mozos recordaron entonces á sus padres y á su hermano y encaminaron sus pasos hacia el sitio vecino, donde debían encontrar la choza paterna; pero el techo de paja que congregaba en otro tiempo á la familia, había sido deshecho por las lluvias y el vendabal del tiempo.

Los *Aguarás*, habían hecho sus cuevas donde antes se levantaba la morada paternal!

Los indios dando voces, llamaron á su hermano; y á los gritos de aquellos, apareció por la proximidad la cuadrilla de zorros, sorprendida de ver sobre sus cuevas á tan inesperados visitantes.

El niño apareció también y oyó las voces de sus hermanos que llamaban por él, pero era ya casi un zorro, y entre los que lo habían socorrido en la orfandad, se encontraba mejor que en la compañía de los ingratos.

Hermano!... Hermano!... gritaban los cazadores, cuando lo descubrieron; y el niño *Aguará*, haciendo un esfuerzo, para volver á hablar en la lengua de sus padres, dijo, alzándose en las patas traseras desde el centro del grupo de los zorros.

Guau!... Guau!... Guau!...

Me habéis abandonado!... Dejadme entre los zorros!... Ahora soy *Aguará*!...

Y esas voces, como una eterna queja, se perdieron confusas en los ecos y ahullidos de la jauría, que huía espantada, al conocer el desamor y la ingratitud de que es capaz el hombre!



LA TUMBA AÉREA

LA noche era callada y oscura como el misterio de lo desconocido, y la naturaleza toda reposaba en las sombras, sin poemas de luz y de colores.

El silencioso cuadro de tinieblas solo era interrumpido por el rumor de voces, que en torno de una hoguera, promovía un grupo de salvajes.

O pohanó Lapochég!!... O pohanó!!... exclamaban incesantemente todos á la vez, y sus palabras ásperas y guturales repercutían perdiéndose en el bosque con la expresión de una profunda pena.

Sobre la tosca corteza de un cedro que servía de ataúd, envuelto en una estera, yacía récio el cadáver de un guerrero, cuyo semblante bronceado alumbraba por intervalos la luz de la fogata con resplandores siniestros.

Pucú el batallador, era aquel muerto, y su cuerpo vigoroso y grande había caído como el árbol gigantesco que le diera envoltura, vencido y roto por el viento de los años.

El cacique fué valiente y arrojado, habiéndose hecho temer por las naciones enemigas, y ahora que había sucumbido ¿quién lo reemplazaría?

O pohanó Lapocheg!!... O pohanó... exclamaban á una vez los apenados vasallos.

La Pochég era una india grande de figura resuelta y varonil, que se había encontrado en todos los combates y asaltos llevados por *Pucú* á las tribus vecinas, y tanto se había distinguido entre los hombres de pelea, que merecía acatamiento de capitanejo principal, á mas de los respetos que le correspondían como favorita del cacique, entre las ocho mujeres que formaban su corte.

Las esposas, desgredado el cabello, rasgado el *tipoi*, en señal de duelo lloraban al

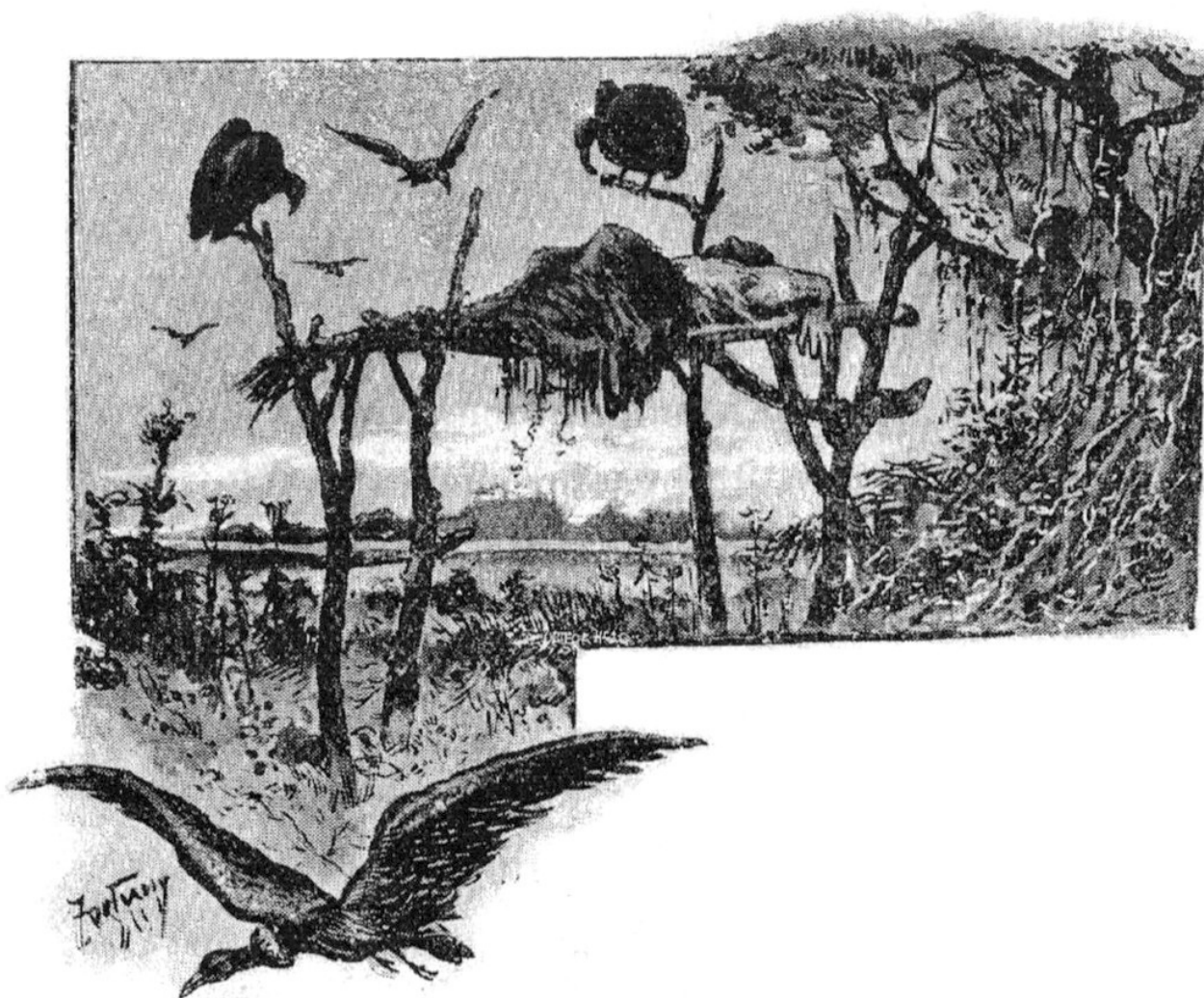
difunto en su choza, mientras que *La Pochég* se había apoderado de las insignias reales, haciéndose proclamar sobre el cadáver de su Señor y Jefe *cacica* de los Cará-Carás.

Una tremenda algaravía se formó de pronto en torno del ataúd y de la audaz mujer que contrariaba violentamente las respetadas prácticas de costumbre en estos casos. Debía convocarse un parlamento de ancianos y guerreros para elegir el nuevo mandatario.

Una vieja agorera se levantó entre el pueblo amotinado y protestó enérgicamente contra el audaz atropello.

Aumentó la algaravía y el ruido parecía más siniestro por los ecos del bosque.

En medio de atronadores gritos que incitan al combate, levantáronse todos y cruzáronse por sobre las llamas y el cadáver del cacique las formidables lanzas y las picas.



De entre el tumulto escapóse una traidora flecha que atravesó el corazón de la agorera, la que cayó sin vida en el centro de la hoguera.

Ñeraró el esforzado, con su voz poderosa domina aquella escena y el populacho

convulsionado se congrega rodeando á Ñeraró que proclama cacica de la tribu á *La Pochég*, que es también reina de su corazón de bravo.

Cuando amanece el día, el fragor de las armas y las voces se ha calmado en el Aduar salvaje y el *Pájaro-yaguá* se cierne en las alturas lanzando su quejumbroso grito.

Es que el ave agorera solicita su presa, y allá en el bosque de los muertos, antiguo como el mundo, muchos otros pájaros rapaces esperan desde su árbol la silenciosa comitiva que ha de entregarles su alimento.

El *Pájaro-yaguá* es el último que vela sobre la aérea tumba y ¿quién penetra en aquella selva no siendo para depositar algún cadáver?

Ocultas en las ramas están los *aves-perros* que saben á cual de los sobrevivientes del funerario cortejo le ha de tocar su turno la vez próxima.

El cadáver rígido de *Pacú* colocado sobre la corteza del antiguo cedro, no tarda en aparecer. Es llevado paso á paso por un grupo de viejos guerreros, y sus restos se cuelgan en las ramas que deben resguardarlo del sol, permitiendo que su espíritu vuele, como las aves que lo guardan y se una al de sus parientes.

Los *pájaros-yaguás* espantan á los cuervos que se obstinan en apoderarse del cadáver, revoloteando persistentes durante muchos días.

Después de una luna las viudas y la tribu han cesado de llorar la infortunada muerte.

La Pochég es la reina y Ñeraró su amante. El pueblo es pueblo siempre; y de *Pucú* el cacique se olvida hasta el recuerdo, porque el *pájaro-yaguá* que es el último que se acuerda de los muertos, ha cambiado de árbol, necesitando alimentarse de otro cadáver.

Así se olvida á aquel valiente que fué el primer guerrero, y aspiraba á la gloria y á la celebridad viviendo en la memoria de todos.

Infeliz indio!... ignoraba que, los lauros son escasos, y solo corresponden á los pocos que actúan y se sacrifican por el bien común en las grandes conquistas dirigidas hácia la perfectibilidad!



VOCABULARIO DE LA LENGUA GUARANÍ

Acércate, ó ven acá	Ê. yé mboyá.
Almohada	Acangetà.
Aguárdate	Ê adró.
Agua	Ê.
Algarrobo blanco	Algarrobo morotí.
Algarrobo negro	« ú
Aquí está	Coápe ói.
Anta	Mboreby.
Adios, vete	Egnatá.
Anda, anda	Egnatá, egnatá
Asi será, asi lo haré.	Upeiracha nipó, ripeiracha ayapóne.
Abipon (indio)	Mamangá.
Acercarse	Eye mboyá.
Amigo	Chamigo.
Agua clara	Ê-potí.
Amarillo	Saèyú.
Armado (pescado)	Armado (pira.)
Arrayán	Tangá-pirú.
Abispa (rubia)	Cáva (pètá.)
Azul	Obég.
Avestruz	Yandú, Nandú.
Amargo	Aí.
Alto	Ebaté.
Bueno, lindo, hermoso	Eè, iponá, iponáité.
Burro	Mburicá.
Blanco	Morotí.
Basta, suelta las armas	Yporáma, epoi las armas.
Borracho	Caú.
Bueno, está bien	Eè, oi porá.
Bravo	Y ñaró.
Beber agua	Yaiú è.
Bajo, bajito	Carapé, Carapécito.
Boca	Ynrú.

Bigote	Téndèbá.
Barba	Tendèbá.
Beso	Ynrú peté.
Barriga	Tèggué.
Bailemos	Ya yeroquég.
Bañarse	Yahú.
Cama	Rupá.
Camisa	Camisa (c).
Calor	Bèréai.
Campo	Caábèg.
Calzado	Sapatú (c).
Campo chico	Caábè miní.
Cerca, allí ó aquí	Coape eite, terá coápe.
Carnero, oveja, cordero	Obechá (c).
Camino	Tapé.
¿Cómo estás?	¿Mboratei pá?
Caballo	Cabayú (c).
Cabeza	Acá.
Cabello	A'ba.
Carne	Joó.
Chico	Miní.
Cállate	Dné quirirí.
Cacique viejo	Cácique Tuyá.
Camina	Egnatá.
Correr	E. ñaní.
Campo lindo	Caábè pora.
Canoa	Cárabatá.
Cercano	Ameig.
Cuatro	Mbapég.
Cinco	Yronég.
Casémonos	Ya mendá.
Cortadura	O quètèg.
Contar	Puhareí.
Cera	Araitég.
Ceja	Tèbègtá.
Cebolla	Ceboy (c).
Cazar	A Mboâ.
Casa	Hoga.

Corta	Cuatiá.
Carne	Joó.
Cariana (<i>Yaha</i>) ave	Chàá.
Cara	Rová.
Campo limpio	Caabé pora.
Cuervo	Erèbèg.
Cuerpo	Reté.
Cuero	Piré.
Cuerno	Atí.
Cuchillo	Quèsé.
Cuatí (animal)	Cuatí.
Criatura	Mitá.
Corazon	Corazongüé (c).
Comida	Tombiú.
Comer	Carú.
Colorado	Petà.
Cielo	Ara.
Dime (habla)	Eré chéve (é ñeé)
Dios	Ñandeyéra.
Dia ó cielo	Ara.
Dientes	Taí.
Dáme	Emeé chéve.
Dice que no lo halla	Dnó ynní ndayé.
Dormir	O qué.
Despertar	Mombaég.
Donde murió la india moza (princesa entre ellos)	Mamó pagué ó mamo I guaicurusita.
De vez en cuando	Saprèghá.
Dulce	Eé.
Dos	Mocoí.
Esforzado	Haebé.
Está ya aburrido	Acima.
Enfermo	A ség.
Está nublado	Arai oina.
Excremento	Tepotí.
El rio grande	Ê guazú.
Espérate	Ê. acaró.
Flor del agua	Epotég.

Feo, malo, inservible	Y yaiqué, ñdó servisi (c).
Fuego	Tatá.
Frio	Roé.
Flaco	Pirú.
Frente	Sèbá.
Flor del aire	Ebègtú, Ebotég.
Gusano	Eso.
Gallina, Charata, gallina montesa	Bugnazú ó Urú.
Grande	Tubichá.
Gordo, grueso	Quèra.
Gritar	Sapucaí.
Gato montés	Mbaracayá Caabég.
Garna	Garná.
Gama	Gáma (c).
Gruesa ó gorda	Quègrá.
Hermano	Rebég.
Huaiaiivi	Guayaibí.
Huevo	Rupiá.
Hormiga	Taig.
Hombre	Caraí.
Hijo	Taèra.
Helada	Raèneá.
Hambre	Rengnaí.
He dicho	Aé.
Indio	Guaicurú.
Iguana	Teyú guazú.
Iglesia	Tépabó.
Jóven (mujer)	Mitá Cañácaráy.
Koro (raiz)	Apó
Luna	Ñaceindég.
Lluvia	O qué.
Luna	Ñaceindég (él).
Luciérnaga	Taca.
Leña	Yapeá.
Leche	Cambé.
La esposa ó la mujer	La Embirecó ó Cuñá.
Ladino, lenguaráz que sabe el castellano	Y piraiba, lenguaráz oi cuába el caraí ñeé.

Llorar	Asé.
Langosta	Tucúra.
Lo he hablado	A ynú.
Llámalo	É ènoí.
Lleno	Tauèghé.
Lo mató	O yncá.
Largo	Pucú.
Lengua	Cú.
Maíz	Avatí.
Mano	Pó.
Muerto	Manó.
Muchacho	Cumunú.
Mujer	Cuñacaraí.
Mosquito	Natiú.
Me voy	Tá á.
Murciélagó ó vampiro	Mbopí.
Madre ó mamá	Ség.
Miel	Eirá.
Mas tarde	Caarubé.
Matar	Incá.
Mucho	Etá.
Mosca	Mberú.
Nada	Mbáebé.
No pienses en mí	Dué ré penaí chere é.
Nalgas	Teví.
No hagas	Ani re yapó.
Noche	Péaré.
Negro	Ú.
Nariz	Tí.
No quiero	Ñdó potaí.
No vale	Ñdó babeirí.
Oveja	E êndú.
Oreja	Nambí.
Orilla de las aguas	Embéègpé.
Ojos	Tesás.
Odio	A ñemotarèè.
Obero	Paraí.
Puerta	Oqué.

Perro	Yaguá.
Pozo	Ó yó.
Paraná (río)	É Paraná.
Profundo	Pégcoé.
Pluma	Tuba ó taitá.
Piedra	Itá.
Pierna	Betégmá
Pié	Pég.
Pescado	Pirá.
Pescado (negro)	Pira û.
Pronto	Boí.
Padre	Tubá.
Pacú (pescado)	Pacú.
Pesca	Piramboá.
Poco	Miní.
Pelear	Ñeñaró.
Pierna	Retégmá.
Pobre	Poirá.
Querida	Cuñá.
Quiero	Aípotá.
Quiero irme pronto	Aásé boí.
¿Quieres comer?	Be carusé pá?
Rumbo	Tapé.
Ropa	Aó.
Relámpago	Ara berá.
<i>Surubi</i> (pescado)	(pira.)
Sol (él)	Cuaraég.
Si quiero	Aí potáro.
Saliva	Endég.
Semejante	Rapichá.
Siempre	Arayá.
Sin faltar	Catuteí.
Saltar, brincar	Popó.
Seno	Cáma.
Silbar	Chifla.
Sí	Éé.
Serpiente de cascabel	Mboí campanilla (c).
Sapo	Cururú.

Sano	Ocuera.
Sangre	Tebég.
Salado	» Yró.
Sábalo (pescado)	(pira.)
Te quiero	Boijúi.
Te trataré bien	Bo tratá poráne (c).
Tala chico	Tala miní.
Tabaco	Peté.
<i>Tucán</i> (ave)	Tucá.
Truena el tiempo	Ó sumí ára.
Tonto, zonzo	Tabég.
Tengo sueño	Che répeü.
Tarde	Caarú.
Toma	Có.
Tripas	Equé cué.
Trabajar	Mbaapó.
Tortuga	Carumbé.
Tigre	Yaguareté.
Tirar	O yapí.
Tres	Peté.
Véve	Eiú.
Viejo	Tuyá.







FILIBERTO DE OLIVEIRA CÉZAR Y DIANA (26 de junio de 1856 en Villaguay, provincia de Entre Ríos, Argentina - 8 de enero de 1910, Tigre, provincia de Buenos Aires) fue un militar, político, diplomático y escritor argentino.

Realizó sus estudios secundarios en el Colegio del Salvador de la Ciudad de Buenos Aires. Trabajó de inspector de la Provincia de Buenos Aires y más tarde de la Nación Argentina.

En 1879 Hizo una expedición al Chaco Boliviano, y en 1880 acompañó a Carlos Tejedor en la revolución que este encabezó contra el gobierno de Nicolás Avellaneda donde fue nombrado Teniente Coronel de guardias nacionales y resultó herido en combate.

Ocupó importantes cargos en la localidad de San Pedro, Provincia de Buenos Aires, siendo factor preponderante en el progreso de la misma y debiéndosele a él importantes mejoras de índole edilicia y técnica. Allí fue intendente municipal por dos períodos y varias veces presidente del Consejo Deliberante.

Falleció en Buenos Aires el 25 de noviembre de 1910, siendo sepultado en el Cementerio de la Recoleta.

Notas

[1] La palabra Parahuai es Quichua, puede traducirse así: «*Lluéveme y verás*». Este nombre fue dado al río y á la comarca á que hacemos referencia por el Inca Conquistador Lloqui Yupanki. <<

[2] Padre de los amuletos y de las supersticiones. <<

[3] Cubierto de cielitos ó pequeñas nubecillas. <<

[4] Espíritu del mal (así llamaban á los españoles). <<

[5] Fundación de la Ciudad de Corrientes. <<

[6] Tribu guerrera que ha tomado su nombre del *carancho*, ave de rapiña menor que el Aguila. <<

[7] Aguilas. <<

[8] Alúdese al uso del arma de fuego que emplearon los Españoles para contrarrestar el asalto de los *Caracarás* en el sitio donde actualmente se levanta La Columna Corrientes. <<

[9] Agua que brilla. Gran laguna del centro de Corrientes. <<

[10] El Caramillo, (instrumento del dios Pan) y de la Mitología de todos los pueblos primitivos. <<

[11] Rey de los pájaros (ave rapaz). <<

[12] Planta de la familia de las Acacias. <<

[13] Quebracho. <<

[14] Féliz-Onza (vulgarmente Tigre). <<

[15] Esta palabra se descompone en dos, *Men-dá*, tú y yo, su origen es muy antiguo y significaba el acto de juntarse dos individuos de diferente sexos. Hoy en el Paraguay y Corrientes, significa casamiento. <<